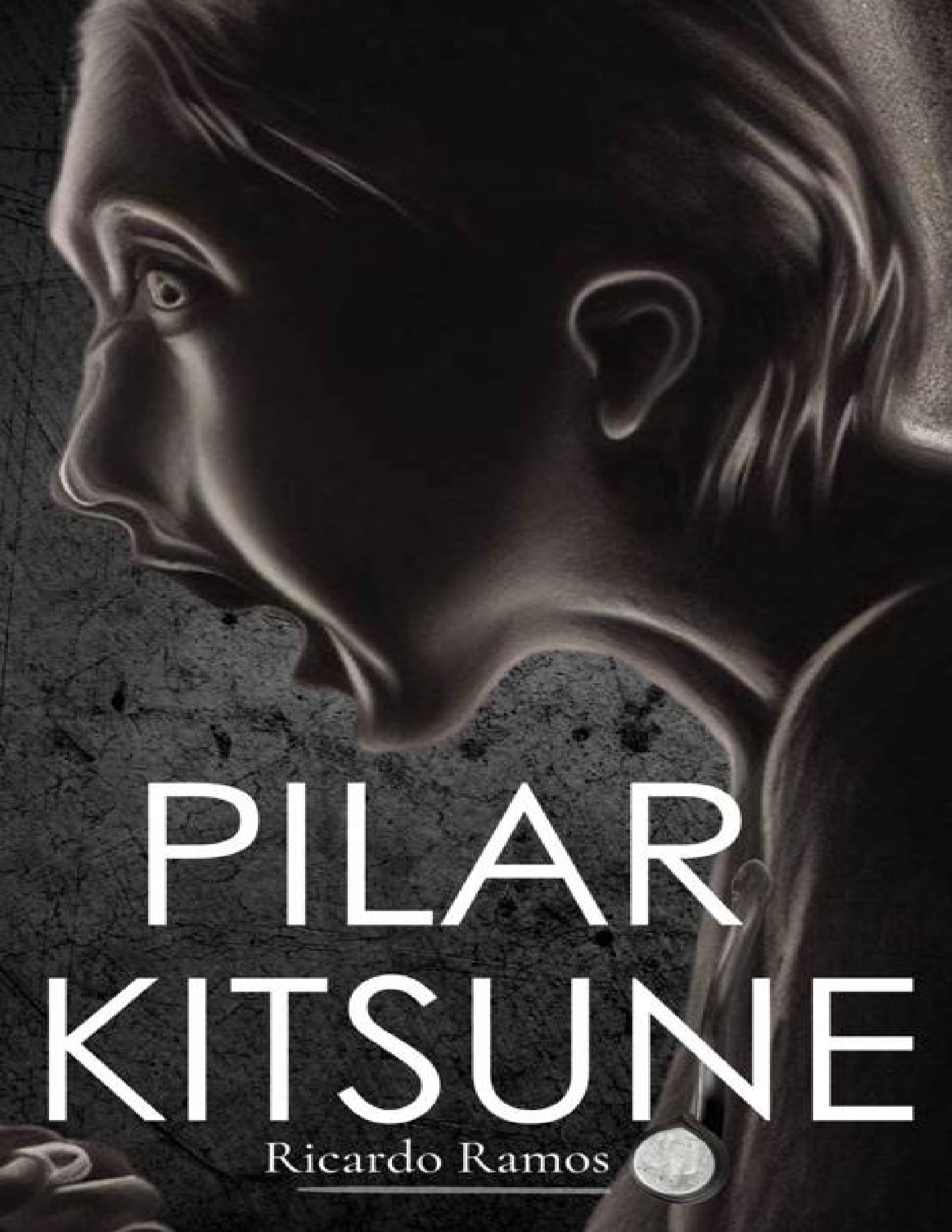

PILAR
KITSUNE
Ricardo Ramos

PILAR
KITSUNE

RICARDO RAMOS ARENAS

Copyright © 2023 Ricardo Ramos Arenas

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

ISBN: 979-83-9755-794-8

DEDICATORIA

A Mª José con amor.

INDICE

Sumario

¡ENCERRADOS! _____ vii

LA CAJA DE GALLETAS _____ xi

SOLOS _____ xiv

PILAR _____ xxiii

EL LABORATORIO _____ xxv

LA CÁPSULA DEL TIEMPO _____ xxix

EL PASILLO _____ xxxi

EL CUADRO DE GOYA _____ xxxiv

LA FIGURA OSCURA _____ xli

LA INVESTIGACIÓN _____ xlvi

LA HABITACIÓN PROHIBIDA _____ liii

ENAJENADOS _____ lix

HAZ LO QUE DEBAS _____ lxiv

LAS PINTURAS _____ lxx

ATRAPADO _____ lxxiv

EL CUARTO DE CALDERAS _____ lxxvii

EL *RUYI* _____ lxxxvi

EL DILEMA _____ xcii

LA ENFERMERÍA _____ xcix

LA BESTIA _____ cii

EL GYM _____ cxi

CONFRONTACIÓN _____ cxiv

LA ORLA _____ cxxvii

EL BARCO _____ cxxx

AGRADECIMIENTOS

A ese pasillo oscuro y vacío que aparecía ante mí cada vez que llegaba al instituto a primera hora, cuando todavía no había nadie. Y a esa puerta al fondo del mismo cuya silueta se recortaba por la luz, en la que me he inspirado para crear la «puerta prohibida».

En aquellos minutos de soledad surgieron la mayoría de ideas y situaciones que aparecen en el libro.

Agradecer también a mi familia por regalarme el tiempo necesario para dedicarme a esta afición. Os quiero.

Así como a todos aquellos compañeros y amigos que han confiado en mí y me han empujado para que diera este paso.

Tiene en sus manos una novela de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de mi imaginación y ficticios. Cualquier parecido con personas reales vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia… o no.

1

¡ENCERRADOS!

10:09h

¡Riing… riiiing… riiiiiiing! Por fin sonó el timbre del cambio de hora pero lo que solía ser una liberación, para Laura, Andrés y Sofía hoy no lo era en absoluto. Los martes tocaba Laboratorio con Ricardo, el profe de Física y Química, y los pillaba en mitad de uno de sus mágicos experimentos.

– Chicos, apartaos, puede explotar y no quiero que lleguéis a casa con un ojo menos, ¿verdad, Laura?

– Sí, sí, profe, estaba grabando para subirlo a las redes sociales. Perdón.

– Tres, dos, uno,... ¡*Booom*!

La clase se llenó de un humo blanco y denso y todos los alumnos salieron tosiendo al pasillo. Mientras que el profe tuvo que vérselas por enésima vez con la directora, los tres amigos alucinaban un día más de camino a clase de Lengua.

– Tenemos que conseguir como sea ese compuesto. ¿Cómo se llamaba? magnate de… –dijo Andrés.

– ¡Permanganato de potasio! –espetó Sofía–. Y tienes toda la razón, necesitamos ese reactivo. Pero parece que no será tan fácil conseguirlo.

– A no ser que lo tomemos prestado... –susurró Laura sin dejar de mirar al suelo. Sofía y Andrés sonrieron; prometía que iba a ser un día divertido.

El centro educativo cerraba a las tres de la tarde; sin embargo, el equipo de limpieza recogía un cuarto de hora antes, y el almacén, situado al lado de los baños, se quedaba abierto unos minutos. Lo justo para esconderse y salir cuando todos se hubieran marchado.

A las dos y cuarenta y tres minutos le pidieron a sus profesores permiso y se citaron en los aseos. Efectivamente la puerta del almacenamiento estaba abierta y se adentraron con sigilo. No había nadie dentro. Se acurrucaron detrás de unas batas blancas y se taparon los pies con cajas vacías. Laura pudo sentir el corazón y la respiración agitada de sus compañeros. Les iba a dar un ataque cardíaco. «Estaban locos pero, ¡vaya experiencia!» Permanecieron en silencio.

Andrés se alegraba de haberse sentado al lado de Sofía. «Olía tan bien…» Sus piernas se rozaron y sintió un hormigueo en la barriga.

A las dos y cuarenta y cinco sonó el timbre y un tropel de alumnos, como caballos desbocados, inundó los pasillos para luego volver al silencio. ¡SLAM! Era el último operario de limpieza que se iba a casa; pronto estarían solos.

– Anaaa, me voy. Acuérdate de activar la alarma –gritó el joven que vestía un mono azul.

– Ve sin cuidado. Hasta mañana Antonio –replicó ella con aparente desinterés.

– ¡Joder!, no me había acordado de eso –hizo una pausa Laura–. Es una alarma con detección de movimiento. Si salimos mientras sigue activa sonará y en tres minutos estará aquí la policía.

El estómago se les cerró, un frío helador les recorrió la espalda y al llegar a la cabeza erizó sus cabellos. ¡Estaban perdidos!

¡BUM!, ¡PLAS!, ¡CLONC!, ¡PAN!, ¡CLAC! Ana había cerrado la puerta principal y ahora estaban perdidos y SOLOS.

– ¿Qué vamos a hacer? Se supone que mis padres me estarán esperando. Esto era cuestión de minutos –señaló Sofía su reloj.

– Tranquila –sonrió Andrés mientras le cogía la mano con fuerza–, descubriremos la forma de salir de esta y pronto estarás en casa. Te lo prometo.

Laura volvía a tener la mirada perdida y eso siempre significaba que estaba tramando algo.

– ¡Dejadme pensar, y no me miréis más, maldita sea! –gruñó.

Hechos un ovillo, los tres permanecieron en silencio. Sus párpados se fueron entornando. La tensión acumulada los había dejado exhaustos y al final…, se durmieron. La promesa de Andrés tendría que esperar.

2

LA CAJA DE GALLETAS

Año 1955 / 09:42h

– ¡Para la máquina!

–¡ ¿Cómooo?!

– ¡Qué pares la máquina, maldita sea! Parece que has chocado con algo ahí abajo.

Juan se asomó a la zanca de metro y medio y observó una caja metálica cuadrada como las que contenían galletas. La caja estaba oxidada y ahora abollada por el impacto de la pala.

–¡ Saca eso de ahí y escóndelo! El jefe nos dijo que esta zona podía contener yacimientos arqueológicos de los Tartessos y solo faltaría que nos paralizaran la obra por unas galletas.

Era un lunes del mes de abril, llovía ligeramente y cinco operarios trabajaban afanosamente en la construcción de un nuevo aulario en el viejo instituto Corsac. En aquellos años la natalidad había aumentado en el pueblo y el vetusto recinto ya no daba abasto para atender a tanto alumnado. Además pretendían construir una zona de laboratorios y aseos más moderna.

En ese momento, el Seat 1400 del profesor Carlos Belmonte acababa de estacionar en el aparcamiento anexo. Era una zona provisional hasta que el centro volviera a la normalidad.

Carlos vestía esa media sonrisa que solo aguanta el malo de un wéstern o el galán de una novela. Era un joven apuesto al que no le hacía falta más de un café para querer tenerlo en tu vida para siempre. Los alumnos decían que tenía veinticuatro años pero lo único seguro es que se había sacado las oposiciones hace poco. Era una persona respetuosa y educada pero tan divertida que desde su llegada había hecho saltar por los aires las ataduras del encorsetado y académico instituto. Sus alumnos lo adoraban, más de lo que él sospechaba.

– Buenos días, Juan, ¿qué tal el tajo? –dijo al pasar a la altura de la zanja.

– Aarrg –masculló entre dientes.

– Veo que habéis tenido que parar de nuevo. ¿Otra ánfora tartésica?

– Nada de eso. Esta vez es esa caja de galletas. –El peón subía por la escalera de mano con ella en brazos.

–¡ Oh, qué interesante! –se burló Carlos–. Entonces no te importaría donarla al departamento de Ciencias Naturales, ¿verdad? –dijo con socarronería.

– Es toda tuya, nosotros ya hemos desayunado. –Alargó la mano para pasársela al profesor mientras escupía un enorme salivajo–. Pero si te encuentras un tesoro, ya sabes, ¡quiero la mitad!

– Trato hecho –dijo apretándole la mano con fuerza.

Carlos guardó la caja en la mochila que siempre le acompañaba colgada en bandolera y subió las escaleras hasta el departamento.

Hasta las diez y cuarto no tenía la primera clase así que podía dedicarle un tiempo a aquello que sin saberlo le cambiaría la vida.

3

SOLOS

22:02h

Estaba en un bosque oscuro, rodeada de árboles gigantes y hojas crujiendo bajo sus pies. El viento soplaba suavemente, y el graznido de los cuervos llenaba el aire. De repente, un zorro apareció ante ella, con ojos brillantes y pelaje rojo como el fuego. El zorro la miró fijamente y comenzó a hablar:

– No uses el objeto que tiene dientes y no puede morder.

Laura notó algo en su cabeza, una caricia que le cubría el rostro. Cuando abrió los ojos sobresaltada no podía ver. «¿Se había quedado ciega?» Se agobió y empezó a palpar a su alrededor. «¿Dónde estoy?, ¿metida en un ataúd?»

– ¡Aaaah! –Se echó la mano a la cabeza y se quitó de encima una trapo de lino que se le había caído encima.

Andrés se despertó sobresaltado dando un grito ahogado.

– ¿Pero qué te pasa, Laura?

– Nada, no es nada –lo tranquilizó ella–. Solo ha sido una pesadilla.

A duras penas se adivinaban sus rasgos. La única claridad que había dentro del almacén era una tenue luz de emergencia que aparecía cuando se iba la corriente eléctrica. Habían transcurrido varias horas.

– Nos hemos quedado dormidos –dijo Andrés–. Ahora sí que la hemos liado, nos estará buscando medio pueblo.

Miró a Sofía buscando una reacción pero solo pudo apreciar el brillo de sus pupilas. Estaba inmóvil, muda. De buenas a primeras, la chica comenzó a convulsionar violentamente, y su cuerpo se retorció en el suelo. Andrés, asustado, trató de despertarla pero no hubo respuesta. Entonces, una voz extraña y siniestra salió de su boca, hablando en un idioma desconocido.

– *Noli uti obiecto quod dentes habet et mordere non potest.*

Andrés se sintió paralizado por el miedo sin saber qué hacer. La voz se detuvo, quedó quieta y en silencio.

– ¡Andrés, Andrés, despierta! Es solo una pesadilla.

Enfrente suya, poco a poco empezó a aparecer el dulce rostro de su compañera, tal y como la recordaba. Volvía a ser ella. Y se fundieron en un interminable abrazo.

– Gracias a Dios, vuelves a ser tú. He soñado que te ocurría algo terrible, ha sido muy fuerte.

– Estoy aquí, estamos aquí. Cálmate, tan solo ha sido eso, un sueño. ¡Sólo espero haber salido favorecida! –Sonrió para relajar el ambiente.

Laura permanecía callada en una esquina oscura del almacén. Algo no iba bien…

A menudo se sentía incomprendida, por eso prefería pasar su tiempo leyendo o escuchando música en lugar de quedar con los amigos, que por cierto eran escasos. A pesar de su apariencia tranquila, tenía un mundo interior complejo y profundo, lleno de pensamientos que rara vez compartía con los demás. Su abuelo, que vivió mudo y postrado en una silla de ruedas la mayor parte de su vida, había muerto hacía seis meses y eso le afectó profundamente. Desde entonces no dormía bien y venía al instituto con ojeras. Oculto bajo su ropa, un colgante ahusado pendía

de su cuello, un objeto que le recordaba a él y que apretaba en momentos de angustia, como si pudiera transmitirle fuerza. Ahora lo estaba apretando.

– ¡Ya lo tengo! Sé como salir de aquí, pero es arriesgado.

– Sus amigos la miraron con una mezcla de alegría y confusión. A él todavía le temblaban las piernas.

– La alarma tiene un temporizador, lo sé porque a veces he llegado la primera al instituto y cuando Ana abre la puerta se apresura para meter una clave. Tenemos treinta segundos para llegar a la conserjería y meter esa clave.

– ¿Y se supone que sabes cuál es, no?

– Por supuesto, ¿cuál es la contraseña de la *wifi* del instituto? –preguntó retóricamente Laura.

– Ni idea. –Sofía no sabía qué decir–. Algo de *profesorado* y un número, creo.

– La contraseña es *profesorado25493*. La he metido mil veces. –A Laura se le dibujó lo más parecido a una sonrisa en horas.

– Así que la clave es 25493… –concluyó Andrés.

– Tiene que serlo. Cuando Ana pulsa las teclas se oyen cinco pitidos.

– ¿Y si no es esa?

– Si no es así tendremos que pasar una larga noche en comisaría respondiendo preguntas.

Sofía se presentó voluntaria para desactivar la alarma. Era la mejor en Educación Física, capaz de recorrer tres kilómetros en el test de Cooper, ¡y además era la más veloz!

Laura y Andrés permanecieron de rodillas en la puerta entreabierta del almacén mientras su amiga corría por los largos pasillos, ahora oscuros.

Era una noche tormentosa, por eso quizás se había ido la luz, y el viejo instituto estaba cubierto de sombras. Apenas se apreciaban las paredes llenas de pintura descascarillada y los grafitis que habían hecho en clase de Plástica con el Sr. Black.

–¡ Vamos, Sofía, tú puedes! –la animaba Andrés desde el suelo. El eco de sus pisadas resonaba en los pasillos vacíos mientras buscaba con la mirada la puerta de conserjería. La Luna llena iluminaba las aulas abandonadas, revelando sombras que parecían cobrar vida propia. A medida que avanzaba, un repelús recorría su espalda.

«Por favor, que esté abierta la puerta, que esté abierta…» suplicaba para sus adentros la chica. La empujó con decisión y la puerta se quejó: chiiiiiir. En el fondo de la estancia apareció el *display* de la alarma con los dígitos coloreados en verde. Sofía pulsó la sucesión de números rezando para que fueran correctos: 2-5-4-9-3

No pasó nada. «VUELVA A ESCRIBIR LA CONTRASEÑA PARA CONFIRMAR»: se leía en la pantalla.

– 2-5-4-9-3

¡Piiiiiii!, sonó un pitido y apareció la frase: «ALARMA DESHABILITADA». Lo había conseguido. La tensión la abandonó, bajó su nivel de adrenalina y se lanzó al suelo mientras jadeaba para reponerse del esfuerzo.

*

Enfrente de ella pudo ver los zapatos antiguos de un hombre. «¡Pero el instituto estaba vacío!» Levantó la vista despacio y se fue perfilando el tronco de un señor de mediana edad.
El hombre la miraba fijamente con ojos vacíos y sin vida cuando su boca se abrió para hablar. Una voz ronca y siniestra salió de su garganta, hablando en un idioma que Sofía no podía entender. El aire se llenó de un olor a podrido. Intentó gritar, pero su voz quedó atrapada. El

espectro se acercó a ella y sintió su aliento frío en la piel. Ahí sí lo oyó.

– No entres, no entres…

Todo se volvió oscuro, y Sofía se desmayó.

Cuando despertó, Laura y Andrés la rodeaban entre aliviados y asustados.

– Sofía, lo has conseguido. ¡Tenemos todo el instituto para nosotros! –Andrés la levantó con delicadeza y la abrazó. Por un instante sus labios se rozaron y él se sintió el chico más afortunado del mundo.

– Vamos a coger las llaves del laboratorio de Física y Química –interrumpió Laura el momento.

– Yo creo que deberíamos subir a clase, coger el móvil de nuestras mochilas y llamar a casa. Por hoy la broma ya está bien. –Ahora el chico se dirigía a ella visiblemente molesto.

– Cobardica, ya que hemos llegado hasta aquí no podemos echarnos para atrás. Además el equipo de limpieza habrá cogido nuestras mochilas y las habrá guardado bajo llave como hacen con todos los objetos perdidos.

– ¿Entonces qué se te ocurre? –le preguntó Sofía desesperada.

– Lo mejor es terminar con lo que hemos venido a hacer, cogemos el permanganato y nos piramos a través de una ventana.

Bruscamente un relámpago alumbró toda la estancia y con ello el cajetín de las llaves maestras.

– ¡Mira, ahí están las llaves! Vamos a coger la del laboratorio.

– Ya la teng…

¡BROOOM!, un trueno ahogó la frase de Sofía y todos se sobrecogieron.

Una llave dorada brilló entre todas las demás. Todos la miraron con asombro, sabiendo que era la llave de la *puerta prohibida*. Nadie había entrado en esa habitación en años, y los rumores sobre lo que se escondía detrás de esa puerta eran aterradores. Algunos decían que era un laboratorio secreto, donde se realizaban experimentos peligrosos, otros alumnos bromeaban con que era una habitación maldita, donde los espíritus de los muertos vagaban sin descanso. Pero nadie sabía con certeza lo que había detrás de esa puerta, y nadie se había atrevido a averiguarlo. Ahora, con la llave en su poder, sentían miedo y curiosidad.

Laura los miro de nuevo con esa mueca sonriente.

– No Laura, ni se te ocurra. Esa puerta nos está prohibida y no vamos a entrar –protestaron al unísono sus compañeros.

– Pero pensad un poco, ¿y lo que estamos haciendo ahora no es también ilegal? Vamos, *gallinas*, ya que estamos aquí terminemos el trabajo y mañana tendremos una gran historia que contar.

4

PILAR

Año 1955 / 10:04h

El departamento de ciencias naturales siempre estaba lleno de cachivaches, libros amontonados, maquetas de átomos, partes del cuerpo humano y reptiles conservados en frascos con formol. Carlos se sentó en la mesa rectangular de su escritorio, guardó el sándwich en un cajón y se sirvió un café del termo que siempre llevaba consigo.

La caja de galletas era de color marrón claro y tenía un diseño sencillo. Estaba hecha de metal y tenía una tapa que se abría y cerraba con facilidad. En la parte superior, había una imagen de una galleta recién horneada. Debajo, una pequeña etiqueta indicaba el sabor, *mantequilla*. Estaba bastante desgastada por el tiempo, y tenía algunas manchas de óxido en los bordes. En la parte inferior de la caja, el logotipo con el nombre de la marca y la fecha de caducidad, mayo de 1920. A simple vista parecía una caja de galletas común y corriente, pero Carlos sabía que contenía algo especial. Poseía un tamaño perfecto para guardar….

Toc, toc, toc, llamaban a la puerta.

– Adelante.

– ¿Se puede? Buenos días, profesor, ¿tiene un instante para atenderme?

– Claro que sí, ¿qué sucede, Pilar? –preguntó mientras ocultaba la caja debajo de un periódico.

–¿Qué esconde ahí? ¿Un nuevo proyecto de Ciencias?

–Ah, ya veo que tienes un olfato muy fino. Podría ser..., en realidad es un secreto. Pero seguro que has venido a preguntarme otra cosa.

–Sí, perdón, profesor, es referente al trabajo que mandó sobre los animales autóctonos. Ya tengo mi maqueta casi terminada pero he usado papel maché. ¿Hay algún inconveniente?

– Por supuesto que no, es un material bastante resistente, así durará mucho más. ¿Qué animal vas a hacer?

– Eso también es un secreto, ya lo verá… –susurró Pilar mientras salía por la puerta sonriendo.

5

EL LABORATORIO

22:12h

Los rumores sobre el instituto embrujado cobraban fuerza en sus mentes, y cada ruido les hacía saltar de terror. Las puertas chirriaban, y el viento aullaba a través de las ventanas, como si estuvieran siendo observados por presencias invisibles.

Los tres amigos se encaminaron en fila india entre la oscuridad hacia el laboratorio de Química. Abrieron la puerta, pero el crujido no se pareció en nada al que recordaban cuando entraron esa misma mañana.

Un bofetón a productos químicos inundó su nariz. Era un olor fuerte y desagradable difícil de describir si nunca has estado en uno.

La estancia, de noche, era un lugar aterrador. Se encaminaron a la vitrina de los reactivos y la abrieron. Una luz cenital los deslumbró, acostumbradas sus pupilas a trabajar en la oscuridad. En el tercer estante estaba el permanganato de potasio, entre el cloruro de potasio y el carbonato de sodio.

– Vamos, Laura, cógelo y nos piramos –dijo Andrés mientras sujetaba la puerta de cristal.

Al cerrar la vitrina le pareció ver algo y se sobresaltó, lo último que esperaba ver allí. Sobre el vidrio, la imagen reflejada de su abuelo fallecido hace meses. «¿Estaba soñando de nuevo? La imagen parecía tan real…» Se movía y cambiaba, como si estuviera tratando de comunicarse con ella. Laura sintió que una sacudida recorría su cuerpo, y se preguntó si se estaba volviendo loca. Sus amigos no se habían percatado de nada.

De pronto, notó un olor extraño en el aire, como si algo estuviera pudriéndose. Y sintió que «eso» los estaba observando. En el suelo yacía una masa gelatinosa que no estaba allí antes. La pasta se movía y respiraba por sí sola, y emitía un sonido sordo y espeluznante. Esto sí lo vieron todos.

– ¿Qué demonios es eso? –preguntó Sofía poniéndose la mano en la nariz ante el fétido olor que desprendía.

– Parece carne licuada –dijo Andrés mientras, en cuclillas, removía el líquido con un bolígrafo.

– Vámonos, no me da buena espina. ¿Habéis visto eso?

– ¿El qué?

Encima de la masa descansaba una especie de tarjeta con letras y una foto.

– Seguro que se le ha derramado algo antes de salir, ya sabéis lo despistado que es Ricardo.

– ¿Y se le ha caído la identificación encima? ¿Y con qué ha fichado al salir?

– ¡Salgamos, ya, esto no me gusta nada! –gritó Sofía.

Andrés se fue a levantar cuando notó como algo le sujetaba la cabeza. Era una mano fuerte y poderosa.

– *Septem tres quinque novem.* –U na cara formada a partir de la masa sanguinolenta le susurraba al oído.

Tiró con fuerza para librarse de la mano pegajosa tensando los músculos al límite hasta que cesó la resistencia y por fin se soltó; con el ímpetu golpeó a Sofía.

– ¿Estás chalado? ¡Me vas a matar!

– ¿Has vis-too eeeso? –tartamudeó.

— ¿El qué? Yo no he visto nada.

Andrés no dijo nada más en los siguientes quince minutos que no iban a ser los de camino a casa…

6

LA CÁPSULA DEL TIEMPO

Año 1955 / 10:12h

Carlos había construido cápsulas del tiempo cuando era un crío y todavía las seguía usando con sus alumnos. Solían ser recipientes herméticos diseñados para guardar mensajes y objetos del presente con el fin de ser encontrados por generaciones futuras. Su objetivo era preservar la memoria de una época para que las personas del futuro pudieran conocer cómo era la vida en el pasado.

Levantó la tapa con cuidado y dentro halló un lienzo de algodón. Abrió los paños a un lado y a otro y aparecieron cinco objetos diferentes. El primero consistía en un pequeño diario con una cubierta de cuero, que había sido escrito a mano. El segundo objeto era una fotografía en blanco y negro de un grupo de personas, quizás tomada en los años 20 o 30. El tercero, una especie de joya alargada que lucía como el oro y contenía una inscripción en latín. El cuarto, un pequeño frasco de vidrio sellado lleno con un líquido transparente y espeso. Y el quinto objeto era un recorte de periódico del 23 de marzo de 1920.

7

EL PASILLO

22:37h

B ueno, ya tenemos lo que estábamos buscando, vámonos de aquí echando leches – urgió Sofía.

Pero Laura ya se estaba encaminado escaleras arriba hacia la «habitación prohibida».

– Un segundo, tenemos que ver lo que hay en esa habitación.

– Ni hablar, Andrés y yo nos vamos a casa. Ya ha sido suficiente por hoy, ¿verdad?

Andrés tenía la mirada perdida y los labios sellados; seguía conmocionado. Sofía lo tenía agarrado del brazo para que no se cayera y parecía un monigote en sus manos.

«Andrés, no me hagas esto ahora. Por favor…»

Laura ya enfilaba el pasillo que daba a la puerta. Ese pasillo no tenía ninguna similitud con ese otro lugar que siempre estaba lleno de vida por las mañanas y donde los chavales chillaban, se peleaban y jugaban. Ahora, a la luz de la luna, era la negrura la que prevalecía.

Sofía, más retrasada, ayudaba a Andrés a subir los escalones uno a uno. Él permanecía en estado catatónico.

Andrés era un joven atractivo, estudioso, modélico y de buena familia. Era el tipo de estudiante que siempre estaba en la lista de honor y que todos los profesores admiraban. Solía vestir a la ultima y sus compañeros de clase lo veían como un ejemplo a seguir.

Ella nunca lo había admitido pero ese chico...

Sofía acababa de salir de una relación que intentó aguantar silenciando a su corazón. Desde la excursión que hicieron a Córdoba y se sentaron juntos en el autobús lo supo. A veces la vida te pone a alguien en medio y te dice: «¡Ahí lo llevas, gestiónalo!» y ella no supo, no era tan fácil... Salía los fines de semana y no se divertía igual si no lo veía o hablaba con él. Quería que llegara de nuevo el lunes para escuchar su voz y cuando se escribían mensajes por el móvil borraba varias veces la frase porque no sabía si le haría sentir incómodo ¿Cómo se iba a fijar él en alguien como ella?

Laura se acercó a la puerta. La tensión aumentó a la vez que sus pulsaciones se dispararon. A escasos metros daba la impresión de hablar:

«Ven, ábreme, ábreme,...»

A esa distancia se adivinaba su contorno como si dentro hubiera una luz encendida. El tenue resplandor sobresalía por sus ranuras y perfilaba una cruz, pero una cruz invertida.

Justo cuando Sofía y Andrés llegaron a la altura de Laura, esta abrió el candado de la puerta.

8

EL CUADRO DE GOYA

Año 1955 / 10:17h

B uenos días Sr. Belmonte –gritó al unísono la clase de cuarto curso del bachillerato elemental mientras permanecían de pie.

– Buenos días, clase. Podéis sentaros. ¿Qué tal lleváis el proyecto de los animales?

– Bien.

– Regular.

– No he empezado aún.

– Ya lo he hecho.

En la última fila, Pilar Kitsune no respondió ensimismada en su proyecto. Su maqueta se asemejaba a un perro, un lobo o algún mamífero de cuatro patas.

Pilar era una chica reservada y solitaria que prefería pasar inadvertida en clase, por eso se sentaba en el fondo. Tenía un gran talento para el arte y aquel modelo tenía unos detalles minuciosos. Había trabajado en él durante semanas y había puesto todo su corazón y alma. La maqueta del zorro que había creado era una obra de arte impresionante y Carlos sabía que tenía un significado especial para ella.

– Queridos alumnos, tengo que deciros algo. Hemos descubierto un tesoro dentro del instituto.

–¡ Oooh! –se oyó de manera coral–, ¿el tesoro de un pirata?, ¿y contiene monedas?

– No, nada de eso. Se trata de una cápsula del tiempo, ¡y es de 1920!

Pilar levantó la cabeza y lo miró por primera vez desde que entró en clase.

– Sr. Belmonte, ¿puedo verla?, por favor –dijo Moisés.

– La he dejado en un lugar seguro. En cuánto piense qué hacer con ella programaremos una actividad en clase. Creo que nos deparará muchas sorpresas.

– Puff, a lo mejor la semana que viene estoy expulsado…

– Paciencia, Moi, seguro que estarás por aquí. ¿Y por qué ibas a estar expulsado?

– La señorita Luisa de Latín, me tiene manía. ¡Siempre me castiga por nada!

Moi, como le gustaba que le llamaran, era un chaval particular. Es cierto que le costaba un mundo cumplir las normas: no se levantaba de su pupitre al entrar los profesores, cogía ranas e insectos y los soltaba por clase, solía comerse el bocadillo de sus compañeros y siempre se quedaba castigado con los brazos en cruz.

Carlos Belmonte simpatizaba con él, pues valoraba mucho más su personalidad y su interés que sus travesuras, que no era algo que no se pudiera solucionar con una oportuna regañina.

Pum, pum, pum, llamaron a la puerta.

– Disculpe, Sr. Belmonte, ¿le interrumpo?

Era la profesora de Latín. Luisa era una mujer rubia y delicada. Pasaría por mucho más joven pero tendría cuarenta y tantos largos. Pronunciaba excesivamente para ser andaluza. Es de esas personas que caen bien pero que nunca conoces del todo.

– He oído en la sala de profesores que tiene en su poder una cápsula del tiempo que ha encontrado en la obra.

– Pues le han informado bien, Luisa.

– ¿Y se puede saber dónde la guarda? –musitó como pidiendo perdón.

– Claro que sí. Está en mi departamento.

– Sr. Belmonte, ya conoce el protocolo del instituto. Todo lo referente a descubrimientos históricos, monedas o documentos deben custodiarse en el departamento de Cultura Clásica y Latín.

– Sí, lo sé. Al terminar la clase pensaba comunicarlo a la directora y hacerlo constar en el inventario. No se preocupe.

– Me alegra oír eso. Muchas gracias, Sr. Belmonte.

Cuando salió de clase, Carlos casi se cae al ser arrollado por un grupo de alumnos que chillaba y corría camino al recreo. Llevaban una pelota vieja de cuero en la mano.

Seguía dándole vueltas al descubrimiento pero no le extrañaba lo rápido que había corrido la voz. En un instituto era lo más normal.

Tardó varios minutos en llegar al laboratorio de ciencias. Allí estaba, como siempre, su compañero Eduardo.

– Hola, Eduardo, ¿qué tal el fin de semana?

– Hola, Carlos, pues ayer estuve en el partido. No viniste y te perdiste la mejor remontada de la temporada –dijo mientras fregaba el material de vidrio usado en la práctica anterior.

– ¿No me digas? –respondió Carlos sin mostrar mayor interés –. Oye Eduardo, te traigo algo para que me digas lo que es…

Giró la cabeza y miró por primera vez a su compañero. Le encantaban los retos y sobre todo los que venían de él.

– A ver qué tienes ahí…

Carlos sacó del bolsillo de su chaqueta un pequeño frasco con un líquido transparente y lo dejó sobre su mesa de trabajo. Eduardo lo miró con detenimiento.

– No parece agua, demasiado espeso. Quizás algún tipo de ácido o aceite... ¿Tienes alguna idea?, ¿orgánico, inorgánico?

– No.

– Bueno, pues tendré que hacerle un estudio analítico completo –dijo sonriendo.

Eduardo era químico y había pasado su vida en un departamento de la universidad. Cuando dio el paso al instituto siempre tuvo claro que su sitio estaba en el laboratorio rodeado de cacharros y reactivos. Era característico su frondoso bigote blanco y su escaso pelo. Llevaba gafas y siempre vestía bata lo que le confería un aire todavía más académico. Era un buen hombre.

– Haz lo que puedas.

– Cuando tenga algo te aviso –dijo despidiéndose con la mano al tiempo que volvía con la limpieza.

*

Al salir por la puerta.

– Por fin lo encuentro, Sr. Belmonte, ¿ha hablado con la Srta. Luisa? Lo estaba buscando –dijo el conserje.

– Sí, ya la he visto. No se preocupe.

– ¿No la ve muy rara últimamente? Parecía nerviosa.

– ¿Luisa? Nooo qué va –respondió con tono irónico–. Ella siempre está calmada.

Los dos hombres se miraron y rieron de manera cómplice.

*

Iba a reanudar la marcha cuando algo en la pared llamó su atención. Su mirada se detuvo en un zorro o un lobo cubierto por una capa que se erguía sobre sus patas traseras. Enfrente del animal un pordiosero abatido llevaba un sombrero dado la vuelta en la mano como pidiéndole limosna al animal. El hombre estaba deshumanizado mientras que el zorro tenía una expresión vivaz e inteligente.

Se trataba del facsímil del cuadro de Francisco de Goya dibujado entre 1825 y 1828 que había visto infinidad de veces en el instituto pero nunca se había percatado de él. ¿Cómo se llamaba?

9

LA FIGURA OSCURA

Año 1955 / 11:35h

Subió las escaleras en dirección al departamento. «¿Qué tendría esa cápsula que despertaba tanto interés en Luisa? ¿Acaso sabía ella más de lo que le había contado?»

Metió la llave en la cerradura y giró el picaporte que se venció sin siquiera girarlo. «¿Se había dejado la puerta abierta?»

– Hola, ¿hay alguien aquí? ¿Luisa, eres tú?

«Daba la sensación que todo estaba como lo había dejado…»

Cuando se aseguró que no había nadie se sentó tranquilamente y sacó el sándwich de pollo, lechuga y pepino que se preocupaba de preparar cada mañana y que ahora tanto agradecía. Mientras daba pequeños bocados volvió al manuscrito para estudiarlo mejor.

En las primeras páginas aparecían fotos de monstruos y diablos de épocas arcaicas. Eran de una naturaleza siniestra. Sus formas retorcidas y grotescas surgían de las sombras más oscuras del papel, como si fueran ilustraciones del *Necronomicón*. Sus ojos parecían observar a quien osara mirarlos, como si pudieran ver más allá de la superficie y adentrarse en el alma. Sus garras afiladas y sus colmillos amenazantes insinuaban un poder malévolo. Los trazos de la pluma que los había dibujado eran intrincados, como si el artista hubiera querido capturar cada aspecto de su malignidad.

A Carlos hace tiempo que se le había atragantado el desayuno y no daba bocado.

La siguiente página había sido grabada a lápiz negro. Daba la impresión de ser antigua. No entendía mucho de arte pero aparentaba una estética del siglo XIX. Consistía en una escena de campo con un zorro que devoraba una liebre mientras un gato lo miraba desde lo alto de un árbol. Al margen había escrito frases de sorpresa y asombro con diferente caligrafía:

«*¡El que habita debajo del árbol!, es imposible*», se leía.

En otra hoja había dibujos a carboncillo de la joya alargada en diferentes posiciones, de canto y de frente. Al lado ponía *ruyi* y una palabra, «AMULETO».

En uno de los bocetos del *ruyi* se podía apreciar un grabado y una frase en una lengua oriental que no sabía lo que significaba.

Cuando fue a pasar a la siguiente página del manuscrito la vista se le nubló y se mareó de repente. Tuvo que bajar la cabeza, agarrarse al apoyabrazos y mirar al suelo para no caerse. El estómago se le revolvió en un instante y sintió ganas de vomitar todo el bocadillo. Cuando recobró la compostura se irguió en la silla y tomó aire.

La puerta estaba abierta y enfrente una sombra ominosa se alzaba recortada sobre los rayos de sol que entraban desde el otro lado del pasillo. No pudo identificar la figura pero recordaba a una mujer que vestía un traje desusado que lo miraba.

– Hola, ¿qué quería? –No contestó.

Como parte de un fotograma de una película de terror, la figura oscura se empezó a encorvar, adoptando una postura antinatural. Ahora evocaba a una anciana. Lentamente, la sombra se redujo a cuatro patas, como si fuera una bestia infernal, un zorro o un perro emergiendo de las profundidades del averno. Con movimientos serpenteantes la criatura se arrastró hacia el profesor.

Por un momento Carlos la perdió de vista ya que la perspectiva de la mesa le impedía la visión. De un brinco echó la silla para atrás y se alejó un metro. Se agachó poco a poco y escrutó el espacio; allí ya no había nadie.

– Me voy de aquí. Necesito que me vea un médico.

El profesor metió el contenido de la cápsula de nuevo en su mochila, el diario, la foto y el recorte de periódico. El *ruyi* de oro lo introdujo en el bolsillo de su pantalón. Se dirigió al despacho de la directora y pidió el resto del día libre para ir al médico.

Cuando salía con su coche por la puerta enrejada se encontró de nuevo a Luisa que lo esperaba con los brazos cruzados.

– ¿Has entregado la cápsula en dirección, Belmonte?

– Sí, sí –mintió, por supuesto.

10

LA INVESTIGACIÓN

Año 1955 / 21:05h

Carlos Belmonte vivía solo en una casita a las afueras del pueblo. Estaba cerca del río y tenía un amplio jardín y huerto. Los días soleados le gustaba darse una vuelta por él para catalogar insectos y cultivar plantas de lo más diverso.

Se había echado una buena siesta y por la noche se sentía con energía. Era el mejor momento para leer, corregir exámenes o, como hoy, investigar.

Fuera, avanzaba el frío, y desde su escritorio podía ver como el aire mecía las hojas de los frutales al compás, tejiendo un tapiz de verdes matices.

– Vamos a ver qué tenemos aquí –se dijo para sí mismo mientras presentaba todo el contenido de la cápsula en una mesita baja situada al lado del sofá.

Empezó a examinar el recorte de periódico. Correspondía al 23 de marzo de 1920, martes para ser más exactos. En la esquina superior izquierda una noticia le sorprendió por cruel y anacrónica: *Hoy se votará en el congreso la aplicación de la guillotina. Anoche a última hora parece que algunos elementos de las izquierdas fueron convencidos para que accedieran a ello*.

«¡Qué horror! Por suerte la sociedad ha evolucionado mucho».

Pueden suscribirse al periódico durante un año por una peseta. En las últimas páginas: *Se reciben esquelas de ocho de la mañana a siete de la tarde. Desde cinco pesetas en adelante*.

De todo ello, lo que más le llamó la atención se hallaba en el apartado de *Otras noticias, Sucesos.* Decía: *Sin rastro de la profesora desaparecida en Marmolejo…, … la búsqueda continúa hoy tras varias batidas sin éxito*. Más abajo se podía leer: *La profesora de Latín del IES Corsac que el pasado fin de semana iba a participar en la conferencia llamada «Objetos del pasado. Más allá de la muerte» sigue en paradero desconocido después de que sus familiares lo denunciarán ante la benemérita. La ilustre profesora es muy querida en el ámbito escolar y social del pueblo. Por el momento se desconocen las causas…*

Sacó el *ruyi* de su bolsillo derecho. «¿Qué relación hay entre vosotras? ¡Háblame! No tenía mucho sentido meter en una cápsula del tiempo una joya con una inscripción en chino. Estaba claro que no daba información de la época; a lo mejor quién la metió ahí quería revelarnos algo».

Examinó el objeto curvo con su lupa. Se asemejaba a un cetro ceremonial en miniatura de una religión olvidada. Bajo la luz del flexo centelleaba y confesaba su antigüedad. Debía de tener un valor incalculable. Se conservaba perfectamente pero debía de ser de antes de cristo. El peso y textura del *ruyi*, como se refería a él el manuscrito, evocaba una sensación de riqueza y poder perdurables. Dos detalles llamaban la atención, un fuego grabado y una frase en chino o japonés:

火会杀死恶魔

Recordó que debajo de los dibujos del *ruyi* aparecía la misma inscripción. Volvió al manuscrito y debajo alguien se había preocupado de traducirlo.

ignis autem occidere diaboli (pero el fuego mata al diablo)

«¿El fuego mata al diablo? ¿Qué sentido tiene esto en una cápsula del tiempo de 1920?»

Eran ya las nueve y media de la noche y sus ojos se dirigieron a la fotografía en blanco y negro. Sin duda se trataba de una instantánea de la época y, con un formato de 35mm, seguramente había sido hecha con una Leica. Se veía algo cambiado pero sin duda se trataba del instituto Corsac y de la promoción de ese año. Giró el papel amarilleado por el tiempo y lo confirmó: «Curso 1919/1920»

Inmortalizados, los rostros jóvenes y llenos de esperanza de los niños. Las chicas vestían atuendos rectos, con cinturas bajas y una falda corta mientras que los chicos llevaban trajes con chaquetas ajustadas y pantalón largo.

Entre todos, una chica destacaba por llevar un cinta en el pelo y en brazos un zorro de peluche. Era de rasgos asiáticos. Su mueca burlona y esa mirada enigmática le eran familiares.

«¡No puede ser! Esto debe tratarse de una broma de mal gusto de los albañiles aunque también podría ser una jugarreta de mi cerebro». Después de las visiones que había sufrido, su médico le había recomendado reposo y ahí estaba él dándole vueltas al asunto.

La imagen de la joven, con ese rostro que le recordaban al de su alumna, se fundía con las sombras de la foto.

Sonó el teléfono.

«¿Quién llama a estas horas?» Carlos descolgó el auricular.

– Dígame.

– ...

– ¿Holaaa?

Se oía una respiración pero nadie hablaba. Colgó el teléfono. «Qué raro», pensó.

A veces cuando llovía la línea se mojaba y daba fallos. Medio minuto después volvieron a llamar.

– Siii, ¿con quién hablo?

– ...

– ¿Dígame? ¿Hay alguien al otro lado?

– Carlos, soy yo, Eduardo, tu compañero –dijo con voz jadeante.

– ¿Qué sucede? ¿estás bien?

– Sí, sí, todo bien. No te preocupes. ¿Y tú? Me han dicho que esta mañana te has tenido que ir indispuesto.

– No es nada. Demasiado trabajo. El médico me ha pedido que me tome todo con más calma.

– No sé por qué, pero algo me dice que no le has hecho mucho caso. –Rieron los dos de manera cómplice.

– He estado toda la tarde en el laboratorio, ya sabes, preparando algunas prácticas y he analizado el líquido que me diste.

– ¿Y bien?

– Como ya sospechaba, se trata de un alcohol con tres grupos hidroxilo -OH, propano-1,2,3-triol.

– Para los que no somos químicos…

– Glicerina, la misma que hay en los jabones, usada también en cosmética, medicina,… y explosivos. Nada del otro mundo.

– Oye, ¿de dónde la has sacado colega? –preguntó Eduardo intrigado.

– Es una larga historia amigo. Mañana a primera hora te la cuento. Ahora estoy algo cansado. Creo que me voy a la cama. ¡Te debo una, colega!

– Un almuerzo en «Cantina Pepe» estaría bien.

– Así será.

Carlos colgó el teléfono más confundido que cuando empezó. Tenía un rompecabezas sobre su mesa y nada tenía sentido. Una profesora de Latín desaparecida, un amuleto con una inscripción y un fuego grabado, la foto de la promoción donde salía una persona que se parecía a otra y ahora un frasco lleno de glicerina.

Antes de irse a la cama decidió volver a echarle un vistazo al manuscrito para ver si las piezas de este misterio se iban encajando en su cabeza.

Abrió el «libro» y volvió a la página del *ruyi*. Cuando sufrió la alucinación intentaba pasar la hoja. Ahora sí lo consiguió y un gran texto a pluma ocupó todo el centro de la cuartilla. Decía:

EL ZORRO DE NUEVE COLAS CONTIENE LA SOLUCIÓN

11

LA HABITACIÓN PROHIBIDA

22:40h

El aire estaba cargado de humedad y polvo. Olía a libro rancio. La temperatura era más baja que en el resto de las aulas, lo que hacía que el ambiente fuera aún más opresivo. El suelo estaba cubierto de telarañas, y las ventanas de pintura y polvo. En una esquina, había una pila de libros antiguos, y en otra, una mesa llena de papeles y documentos viejos. Sobre ellos la maqueta de un zorro parecía estar mirándolos fijamente. Encima de la mesa, que hacía de escritorio, un viejo diario tentaba a los que se atrevieran a leerlo. La estancia daba la sensación de haber sido sellada de un día para otro y ellos serían las primeras almas vivas que la recorrían en décadas.

Laura ni se lo pensó y atravesó el umbral de la puerta. Unos lloros apagados se escucharon al hacerlo como almas en pena quemándose en el purgatorio. A continuación se dirigió hacia el zorro rojo. Sofía la miró y tragó saliva.

– No creo que debas tocar nada. No sabemos las repercusiones que pueden tener nuestros actos. Si lleva así tanto tiempo seguramente es por una buena razón.

Laura hizo caso omiso a la muchacha de pelo rubio que ahora llevaba alborotado y muy diferente a cuando llegó por la mañana al instituto. Era una maqueta hecha de papel maché coloreada con pintura acrílica. Una figura detallada de un zorro en posición vigilante. El animal se presentaba erguido sobre las patas traseras, con la cabeza levantada y las orejas alerta, como si estuviera escuchando algo en la distancia. Los detalles de la figura eran impresionantes, desde las garras afiladas hasta el pelaje detallado y los ojos brillantes. Sin embargo le extrañó que tenía más colas de la cuenta, bastantes más.

Al darle la vuelta pudo leer en su dorso: *Pilar Kitsune, 4º curso del bachillerato elemental.*

– No me suena –mintió Sofía–. No hay ninguna chica que se llame así en el instituto ¿Quién será?

– El «juguete» me importa un pimiento –dijo Laura mientras golpeaba la mesa con la maqueta. Tras el impacto un frasquito de vidrio salió rodando por la mesa. Imprevistamente y escapando de su letargo la sombra de Andrés brotó de entre la oscuridad para salvar el bote antes de que cayera al suelo.

– ¡Joder, buenos reflejos! –Él permaneció en silencio–. ¿Y ese diario? Vamos a ver que pone en él.

Con un simple giro Laura se puso enfrente. Se trataba de un libro de 20x10 centímetros sin nada relevante en la portada. Estaba rodeado por una cubierta metálica cerrada por un pequeño candado de combinación con cuatro dígitos, de construcción más moderna que el resto. No era posible abrir el manuscrito sin destrozar todas las hojas.

– Hasta aquí hemos llegado –se lamentó Laura–. No tenemos ni el código ni el tiempo suficiente para descifrarlo.

Sofía bajó la cabeza apesadumbrada.

– Ya está bien por hoy, vámonos por favor –volvió a insistir sin ningún éxito.

– ¿Me dejáis intentarlo a mí?, creo haber dado con la combinación.

En clase de Latín, Andrés era, como no podía ser de otra forma, el mejor, pero en el fondo

no le interesaba esa asignatura. La profesora Candelman siempre lo sacaba a la palestra para repasar las declinaciones. «¡Lo odiaba tanto…!» Pero hoy le sacaría partido a esa «lengua muerta» de la que tanto despotricaba. Hacía unos minutos la masa sanguinolenta había pronunciado cuatro números:

Septem tres quinque novem

Giro el candado con cuidado, poco a poco, 7-3-5-9

¡Blooom!, la puerta tras ellos se cerró de un portazo, se oyó el clic del candado y el manuscrito se hizo visible.

Laura salió corriendo para abrir la puerta pero ya no pudo, estaba atrancada.

Andrés no se dio ni cuenta ensimismado en el diario. La cubierta era de cuero, las hojas amarillentas y frágiles, y el texto escrito a mano era difícil de leer. Las páginas estaban llenas de relatos sobre experimentos de los más extraños y seres sobrenaturales que habitaban el instituto. Los dibujos de los seres estremecían el corazón. Uno de ellos se asemejaba a la cara siniestra que se formó a partir de la masa viscosa.

– ¿Qué pone el diario?, ¿algo interesante? –le preguntó Laura.

Los ojos de Andrés observaban una de las páginas del manuscrito. Parecía mucho más antigua que las demás, como si la hubieran encuadernado entre las otras. Sofía, que estaba a un palmo, pudo ver cómo su mirada se movía nerviosa de izquierda a derecha.

– Aaah, nada que valga la pena, solo apuntes de un loco profesor –dijo Andrés mientras cerraba el libro bruscamente y con ello una nube de polvo inundó el espacio.

– Creo que debemos irnos ya chicos. Lo averiguaremos en casa. Ahora lo importante es que podamos salir de aquí. La puerta se ha cerrado y no abre.

Sofía le echó un último vistazo al zorro rojo. «¿De qué me suena Pilar Kitsune? ¿de qué me suena…?»

Andrés se guardó el diario en el bolsillo derecho, el frasco en el izquierdo y se dirigió hacia la puerta.

– Vamos a ver por qué no abre esta maldita puert…

Giró el pomo oxidado con suavidad y… ¡ñiiiic! La puerta se sometió delante de sus narices.

Lo que vieron al otro lado no tenía ningún tipo de sentido.

12

ENAJENADOS

¿23:25h?

Andrés fue el primero que descubrió el «otro lado». De nuevo estaba sufriendo una alucinación, de otro modo no podía explicar lo que estaba viendo. Como si el espacio fuera líquido y abstracto el pasillo había mutado, ya no era el mismo. Todo estaba viejo y sucio. Las paredes se caían a pedazos y en el piso, papeles arrugados y grasientos que habrían servido para envolver el desayuno, ahora se agolpaban en las esquinas. Olía a orín y a humedad.

– ¿Dónde estamos? –preguntó Laura.

Andrés las miró, las dos tenían los ojos desencajados y perdidos intentando buscar un sistema de referencia que pusiera de nuevo su mundo al derecho.

– ¿Vosotras también lo veis? ¿Entonces no estoy alucinando?

Ninguna contestó, no hizo falta, su rostro hablaba por ellas.

– ¿Cuánto tiempo hemos estado ahí dentro? –Los tres avanzaban cuidadosamente por los pasillos hechos una piña.

Andrés se tocó el manuscrito. Sabía que contenía la clave de todo y sabía que debían dejar atrás la «habitación prohibida». Con el otro brazo agarraba con fuerza a Sofía y ella a su vez lo hacía con Laura.

– ¿Qué está pasando? –gimió Sofía con la voz entrecortada. Tenía ganas de gritar y llorar pero no podía.

El instituto poseía una primera planta gemela a la planta baja y ahora estaban sobre el *hall* de entrada cerca de un eterno pasillo que conducía a los departamentos de Humanidades. Siguieron en busca de las escaleras solo guiados por la vaporosa luz de la luna que entraba por las ventanas. Los relámpagos y la tormenta cesaron hacía tiempo.

–¡ Buuuuu, uuuaa! –Un sollozo apagado les hizo dar un respingo. El sonido procedía del fondo del pasillo justo al lado del departamento de Latín. Laura, en más de una ocasión, había tenido que ir para hacerle la pelota a la señorita Caldenman.

–Dios santo, ¿habéis oído eso? –Sofía preguntó curiosa.

–Sí, yo también lo he oído, parece que viene del pasillo.

–Pasemos de largo, seguramente haya sido un gato que se ha colado, por eso Ana siempre nos pide que cerremos las ventanas al salir.

– Iré a echar un vistazo –dijo el joven.

– No, por favor no vayas –le suplicó Sofía.

–No te preocupes, todavía puedo apañármelas con un minino. –La miró sonriendo para calmarla. En realidad no estaba preparado para lo que su cerebro iba a experimentar.

Mientras avanzaba por el pasillo, el suelo se movía bajo sus pies. En lugar de veinte metros parecían trescientos y lo hacía sugestionado. Sin avisar, el horizonte empezó a girar como un rulo de feria, y luego sintió que caminaba por la pared. Llegó a pisar la puerta del departamento de Lengua y después el Historia. De golpe la puerta se abrió, se desmoronó bajo sus pies, y experimentó una caída en un vacío interminable; cayó y siguió cayendo hasta que tocó el suelo y reapareció de nuevo frente al pasillo.

En este punto volvió a preguntarse si no estaba todavía en el cuarto de la limpieza soñando.

–Me estoy volviendo loco –dijo para sí.

En el fondo de la galería y al lado de la puerta del departamento de Latín vio el bulto de una persona bajita con el pelo largo, era una niña. Se acercó a ella con desconfianza.

– Oye, chica, ¿te has perdido?, ¿te has quedado encerrada en el instituto?

– Sí –respondió una vocecita imperceptible.

Andrés solo podía distinguir una silueta informe y una cabellera de pelo castaño y con tirabuzones. Vestía un atuendo de los años 20, desfasado para la época. Temblaba hasta el punto de mover todo su cuerpo. Bajo sus pies un charco de líquido que bajaba por sus pantis mojaba unos zapatos anticuados.

Andrés estaba aterrado y desorientado pero esa niña necesitaba su ayuda.

– No te preocupes, te ayudaré –siguió hablando para ganarse su confianza–. ¿De qué curso eres? No te he visto nunca por aquí ¿Te vienes conmigo?

– Estaba buscando a la señorita de Latín pero me he perdido.

– Ahora no hay nadie aquí, mañana lo intentaremos.

– ¿Tus amigas y tú también os habéis perdido? –preguntó la niña.

«En ningún momento le había hablado de las chicas».

– ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

– Mucho más que vosotros.

A Andrés no le estaba gustando nada el cariz que estaba tomando la situación y fue al grano.

– ¿Cómo te llamas?

– Pilar... –musitó.

En ese momento la niña se dio la vuelta y sus ojos parecieron dos luciérnagas en la penumbra, llenos de una tristeza insondable. Su expresión irreal transmitía una excitación sobrenatural que dejó a Andrés sin aliento.

– ¡...y esta es mi casa! –soltó un grito chirriante que perforó su cerebro. La niña se abalanzó sobre él y después todo quedó en silencio.

13

HAZ LO QUE DEBAS

Año 1955 / 23:12h

Belmonte conducía por una carretera oscura. La noche era densa y la visibilidad limitada. El 1400 se desplazaba lentamente, sus faros apenas iluminaban el camino por delante y desde su posición solo se veían las líneas de la carretera y la sombra que proyectaban los árboles al pasar. A medida que avanzaba, la calzada se volvía cada vez más sinuosa y desolada. Carlos recorría cada día ese tramo y no recordaba que el trayecto fuese tan largo. Circulaba por una zona donde había desaparecido todo rastro de vegetación y solo quedaba silencio interrumpido por el sonido del motor y el crujir de las ruedas sobre el asfalto. Con el ceño fruncido se aferraba al volante mientras sus ojos escudriñaban la oscuridad.

– No puede ser verdad. Tengo que acabar con esto antes de que ocurra algo malo –articuló en voz alta.

¡Ñiiiiiiiiiiii!, se quejó el elegante Seat.

El coche frenó tan fuerte que Carlos se golpeó la frente con el volante. De manera súbita, una figura apareció en medio del camino. El coche se detuvo a pocos centímetros de la misteriosa silueta que permanecía inmóvil en la penumbra. Era un hombre de unos cincuenta años, con el cabello despeinado y vestido solamente con un trozo de piel que escasamente le cubría el pecho y la parte superior de la espalda, dejando el trasero al aire. El ser no miró a Carlos en ningún momento y continuó su ruta hasta la cuneta.

«¿Ha salido del cuadro para confesarme algo o soy yo quien ha entrado en el lienzo para siempre?»

Las manos y las piernas le temblaban y el corazón se le iba a salir del pecho. Tardó varios minutos en recuperar la cordura, y cinco minutos después llegó a la reja que circundaba el instituto. Todo estaba en penumbra salvo una triste bombilla encendida que iluminaba la garita donde por la mañana los conserjes controlaban la entrada y salida de alumnos.

«Por aquí va a ser imposible entrar. Mejor hacerlo por la “puerta trasera”».

La «puerta trasera» era un hueco hecho en la verja por los alumnos de más edad para salir y fumarse un cigarro. Los profesores reconocían que estaba mal pero habitualmente hacían la vista gorda y ahora se había convertido en su única oportunidad para acceder al edificio.

Carlos cruzó el agujero de la valla acostando su cuerpo hacia adelante. Tuvo suerte de no herirse con los bordes puntiagudos. Llevaba consigo el manuscrito.

Se dirigió a la puerta más cercana al aparcamiento y usó su llave maestra sin mayor inconveniente. Si lo pillaba allí la Guardia Civil iba a tener que dar muchas explicaciones, pero iba solo y se suponía que era personal autorizado, por lo menos durante el día.

Antes de encaminarse hasta el departamento se pasaría por el laboratorio de Física y Química y recogería el líquido. Algo le decía que esa sustancia llegó hasta ahí por algo; se quedó quieto.

– ¿Qué se oye?

Las pisadas eran lentas y pesadas, como si alguien estuviera arrastrando los pies. Provenían del piso de arriba. El eco de los pasos se extendía por los pasillos. Algo lo estaba esperando.

– Ábrete bonita…

La cerradura le hizo caso y el pestillo cedió a la primera. No tuvo que rebuscar mucho para encontrar el frasquito que estaba sobre una de las estanterías. Eduardo se había molestado en pegarle una etiqueta que ponía: *Glicerina*. Lo guardó rápidamente en el bolsillo de su camisa y volvió a cerrar la puerta.

En ese momento sintió un pinchazo en la base del cráneo y volvieron los mareos y el dolor de cabeza. Carlos se inclinó hacia adelante presionando fuertemente las sienes y apretando los dientes. Alguien le hablaba pero no lo percibía por los sentidos sino directamente por su mente.

–V en aquí, entra profesoooor –gemía.

Subió a trompicones la escalera y a cada pisada se escuchaba un alarido como si torturaran un alma.

El pasillo estaba en silencio y tranquilo. Cuando llegó a la altura de la puerta metió la llave y la giró. La puerta no se abrió. Lo intentó y no había manera, se había atascado o alguien había cambiado la cerradura. «¡Maldito conserje!»

Escuchó un grito detrás suyo pero no se atrevió a mirar hacia atrás. Lo que fuese iba directo hacia él y estos serían sus últimos instantes con vida. Se armó de valor y se giró sosteniendo un cuchillo que había cogido de su cocina, pero allí no había nadie. Lo que sí se desplegó ante él fue el mobiliario del departamento que conocía, su mesa, la silla, todo. Ya estaba dentro y no era consciente de cómo lo había conseguido.

«No puede ser real. Tiene que ser fruto de mi imaginación».

Se acercó con recelo a la mesa y se tocó el bolsillo del pantalón. El manuscrito seguía en su poder.

En una esquina una sombra que no recordaba lo aguardaba. Tenía cuatro patas y la forma y tamaño de un gato. Al encender la luz pudo ver un zorro sin vida inmortalizado en una maqueta. Volcó la manualidad y leyó su base. No hubiera hecho falta porque conocía perfectamente a su autora.

Posiblemente habría acabado su trabajo y se lo habría entregado a algún profesor para que me lo hiciera llegar. ¡Menuda casualidad!

Se sentó en la silla nervioso, cogió la maqueta entre sus manos y el cuchillo. No saldría de allí hasta que hubiera terminado con lo que iba a hacer.

14

LAS PINTURAS

23:43h

Las chicas oyeron el chillido de Andrés al fondo del pasillo. Tardaron segundos en reaccionar pero después solo Laura, como siempre la más entera y visceral, corrió en dirección a él.

– ¡Andrés! –exclamó.

Sofía se quedó con el molde de la mano de su amiga.

– No me dejes...

Pero ya era demasiado tarde. El contorno de Laura se había perdido entre las tinieblas y ella se quedó sola. Lo detestaba desde que un individuo la asaltó y robó en un callejón oscuro. Ahora volvía a evocar esos recuerdos.

La única luminosidad que la orientaba era, de nuevo, la que proyectaban las luces de emergencia. Las paredes de la primera planta estaban cubiertas de murales de cuadros famosos pintados por los alumnos de Arte: el *Guernica* de Picasso, las *Cebras* de Vasarely, *Le Chat Noir* de Toulouse Lautrec, las *Mujeres de Haití* de Paul Gauguin, la *Noche estrellada* de Van Gogh y muchos más.

Sofía se quedó mirando *El grito* de Munch. A medida que lo contemplaba, comenzó a sentir una creciente sensación de paranoia. El cielo rojo sangre y los remolinos caóticos cobraron vida como si estuvieran a punto de engullir el mundo entero. De repente, la figura solitaria en el puente con las manos en los oídos pareció moverse, como tratando de escapar de la pintura. La chica sintió que el grito desesperado del personaje resonaba en su cabeza. Sus manos temblaban como cuerdas de violín, y su corazón latía con fuerza en su pecho. Las paredes del instituto se curvaron sobre ella, y las demás obras se volvieron borrosas y distorsionadas. La joven no podía apartar la vista del cuadro, como si estuviera atrapada en un vórtice de desesperación. La figura en el puente le estaba gritando directamente a ella.

«¡Sofíaaa, Sofíaaaa!»

La joven gimoteaba pero sin emitir ningún sonido. Estaba atrapada en su propia pesadilla, incapaz de escapar de la influencia del cuadro.

– Sofía, Sofía, vuelve en sí, tranquila, ya estoy aquí.

La voz firme y segura de Laura la trajo de vuelta mientras la agarraba y consolaba con ternura.

– Esto no puede estar sucediendo. Estoy perdiendo el seso – dijo la chica entre sollozos.

– ¿Y Andrés?, ¿qué ha pasado?, ¿dónde está? –dijo visiblemente alterada.

– Andrés no estaba, no había nadie.

– ¿Cómo que no había nadie? Se ha metido por ahí, tiene que estar en el pasillo. A lo mejor ha entrado a algún departamento.

– Ya lo he mirado, todas las puertas están cerradas con llave. Ni rastro de él, ni pisadas,... nada.

– Tengo que verlo por mí misma.

– Espera, no creo que sea seguro.

– ¿Por qué?, ¿qué quieres decir con eso? –la interrogó.

– Porque sea lo que sea que le haya pasado ha desaparecido y se ha dejado «esto». Lo he

cogido del suelo. –Laura estiró la mano y posó sobre su palma el suave tacto del cuero curtido que cubría el manuscrito–. No creo que lo haya dejado ahí por decisión propia. Algo le ha pasado y ha preferido que lo tengamos nosotras a «eso».

– ¿A quién te refieres?

– No te hagas la tonta, Sofía. Tú también estás experimentando visiones y oyendo voces. Nos pasa desde que nos quedamos encerrados aquí y se hizo de noche. Hay algo aquí que no quiere que lo descubramos y va a hacer todo lo posible para que así sea.

– ¡Aaaaauuuuuuuh! –Un alarido de dolor se oyó en la planta de abajo.

–¡ Rápido, es en el cuarto de calderas! –gritó, mientras tiraba del brazo de Sofía que apenas pudo hacer nada por resistirse.

15

ATRAPADO

Año 1955 / 23:50h

Rebuscó entre los libros del estante, debía tener el lomo plateado y los números «1919-1920». «Ahí estás maldito. Ahora revélame tus secretos».

El departamento también servía como cuarto de documentación de eventos relevantes del instituto: visitas de autoridades, festividades, congresos,...

Abrió el anuario por el mes de enero de 1920.

En ese momento llamaron a la puerta. Era un repicar suave.

Carlos sabía que solo podía ser una cosa y siguió a lo suyo. El pulso ya lo tenía a ciento veinte. Pasó algunas páginas y por fin llegó al mes de marzo de 1920.

Volvieron a repiquetear en la puerta pero ahora más rápido y fuerte.

El 9 de marzo se disputó un campeonato de ajedrez entre los alumnos. Había ganado un tal Antonio Calvo. Aparecía la foto del chaval.

El día 19 se suspendió el evento programado de la cápsula del tiempo porque no pudieron contactar con la docente directora del proyecto.

El día 23 por fin se celebró el acto y en la foto protocolaria aparecían varios maestros y alumnos; ni rastro de la profesora de Latín. En la esquina inferior derecha un señor, que tenía pinta de director, sujetaba la caja y a su lado, Pilar. Todos se mostraban compungidos menos ella.

Ton, ton, ton, ton, ton, ton. Ahora estaban aporreando la puerta.

– No sé qué diabólica razón te mueve, pero te he descubierto ¡Sé lo que has hecho y lo voy a poner en conocimiento de la policía!

Fuera se escuchó una carcajada corta e ingenua como la que inunda un recreo cualquiera.

Volvieron los golpes y esta vez iban a tirar la puerta abajo. El polvo caía desde el marco superior y Carlos se escondió debajo de la mesa con las manos en los oídos. De repente cesó el ruido.

El profesor salió poco a poco de su escondite y fue vislumbrando la silueta, primero sus piernas, el torso, los hombros,... Una figura humana estaba sentada en la silla de enfrente. Tenía la cabeza cubierta por una bolsa de papel marrón y estaba rodeada de velas encendidas que nunca habían estado ahí. Poco a poco se acercó a esa especie de maniquí y lo despojó de la bolsa, solo para descubrir lo que su intuición ya había planteado como una posibilidad, una posibilidad ilusoria. Que la cabeza fuese en realidad una calavera. De repente, una ráfaga de viento cruzó la estancia, las velas se apagaron y la habitación se llenó de una niebla densa y oscura.

Se giró y vio una habitación completamente diferente, llena de juguetes rotos y muñecas decapitadas. De nuevo iluminada por velas parpadeantes que derramaban su cera sobre la mesa, los libros y los estantes. Fue dar un paso hacia ellas y los juguetes de trapo comenzaron a moverse y emitir ruidos inquietantes e ininteligibles. Carlos estaba atrapado en la habitación y no podía liberarse.

16

EL CUARTO DE CALDERAS

23:52h

El cuarto de calderas era un punto angosto y húmedo del instituto con paredes de ladrillo consumidas y de altura reducida. El aire siempre estaba cargado de un olor a óxido y humedad.

Tras pulsar el interruptor, el grupo electrógeno se activó y prendió la única luz que alumbraba la habitación. Las chicas se quedaron en la puerta valorando los riesgos de entrar en un sitio tan pequeño y sin posibilidad de escape. Pero la voz procedía de allí y lo que más deseaban en este mundo era encontrar a Andrés e irse para casa.

En el centro de la habitación, se hallaba una mesa pequeña de trabajo que se usaba esporádicamente. Ahora ellas la iban a aprovechar para interpretar lo que había escrito en el dichoso manuscrito. Rodearon la mesa y posaron el librito encima. Intentaron concentrarse en él pese al sonido del agua hirviendo y el vapor escapando de las tuberías que llenaba el ambiente.

Lo abrieron y ojearon las páginas.

– Un momento. –Gesticuló Laura señalando con el dedo–. Pasa la hoja, por favor. Antes tuvimos que huir y esa parte aún no la hemos visto. Quiero saber lo que pone ahí.

Sofía le hizo caso y pasó la hoja con delicadeza, como si fuera un copo de nieve recién caído. Por contra parecía pesar como mil palabras de sabiduría ancestral. Y se mostró ante ellas:

En tierras lejanas del oriente, un ser mítico de poderes sobrenaturales y nueve extremidades en su espalda ha renacido en nuestro mundo pero ahora ha adoptado una apariencia más pequeña e inocente.
Un mal que acecha, una solución oculta, dos sustancias se unen en un baile ardiente. La primera, tres átomos de carbono en su núcleo; la segunda, un sólido oscuro, un metal alcalino y un oxígeno en su abrazo. Juntas, una llama nace, y el mal se desvanece.

Súbitamente un golpe metálico las trajo de nuevo al presente. Un ruido que perfectamente pudiera proceder de las numerosas tuberías y válvulas que salían y entraban por todos lados del techo.

Acto seguido una voz enlatada reverberó en toda la estancia.

–¡ Auxilio, ayudadme. Estoy atrapado! –rogó. No cabía duda de a quién pertenecía.

– Laura, Andrés parece que necesita nuestra ayuda. ¿Con qué habitaciones se conectan estos tubos?

– Creo que se comunican con el aula de Dibujo y los laboratorios.

No había terminado de hablar y Sofía ya había empezado a correr en busca del chico.

– Espera, nuestros sentidos ya nos han jugado una…

Antes de terminar la frase Sofía estaba besando el suelo. Una capa de grasa y suciedad había cubierto el pavimento. El calor era sofocante, y el vapor se había condensado en la superficie fría, formando pequeños charcos.

– ¡Hay una niña y no me deja escapar! –La voz procedía ahora de una de las calderas. Sofía que seguía tumbada en el suelo y empapada de arriba abajo torció la cabeza hacia un lado para

oírlo mejor. Laura se acercó también al caldero desconcertada.

– No es posible, dentro debe haber cientos de grados, es inviable que ningún ser humano pueda soportar esa temperatura.

A lo largo de las paredes, se alineaban medidores y controles, algunos con luces parpadeantes y otros con manecillas que oscilaban constantemente.

Sofía, ya de pie, alertó a su amiga que tenía ambas manos a escasos centímetros del metal.

– ¡Cuidado, Laura, no lo toques!

Fue cuestión de décimas de segundo. Se oyó un pppsssssss.

Un dolor abrasador se apoderó de ella como una serpiente enroscándose en su piel. El tormento se reflejó en su rostro, mientras un grito desgarrador escapaba de sus labios. Sus ojos se llenaron de lágrimas, nublando su visión y mezclándose con el sudor fruto del calor insoportable. En ese momento se acordó de cuando era pequeña y su abuelo le enseñaba a encender la chimenea usando leña y papel de periódico. Luego, se asaban unos chorizos y mientras daban buena cuenta de las viandas él se quedaba mirando al infinito. Recordaba perfectamente que la abuela siempre decía que su frase prefe-rida era:

«El dolor y el sufrimiento no está en la piel sino en la mente de cada uno de nosotros»

Inesperadamente la puerta de la caldera se abrió. El calor que salía de ese horno era bestial. Sofía veía a su amiga retorciéndose de dolor y quería ayudarla pero si no cerraba pronto esa portezuela solo quedaría de ellas poco más que cenizas.

Cogió con ambas manos una palanca que descansaba en una esquina donde se apilaban herramientas, la introdujo en el ojal de la puerta y tiró tan fuerte como pudo. Sentía el ardor de cientos de grados en su antebrazo. Aguantar y sufrir era lo único que pasaba por su mente ahora. Casi lo había conseguido cuando, contra toda lógica, una mano emergió de entre las llamas.

Parecía más una zarpa que una extremidad humana. Y la sujetó de la muñeca. Al contrario de lo que habría imaginado, la garra, con uñas de felino, estaba fría, tan fría que dolía. Pero lo que producía más dolor era la fuerza con la que apretaba. Intentó mantener el pulso tanto como pudo ya que Laura seguía en el suelo ahora sin emitir ningún ruido. Pensó en rendirse, dejar que ese ser maligno la arrastrara para siempre y dejar de sufrir, hacer que todo acabara.

Y de repente, como una exhalación, un pie empujado por una musculosa pierna impactó contra la portezuela de la caldera con gran violencia. A Sofía se le cayó la palanca de las manos. La garra ya no la retenía porque había sido atrapada por la puerta. La criatura atávica emitió un chillido que sonó más a un aullido o un ladrido animal.

– Sofía, échate a un lado y déjamelo a mi.

El chico tenía la misma actitud decidida que cuando tomaba la responsabilidad de tirar un penalti en los últimos minutos de un partido. Su ropa estaba hecha jirones como si hubiera sido desgarrada con un rastrillo de acero.

Andrés notó como cada vez la resistencia que ejercía la criatura era menor. Miró a su lado y vio a Laura que se había repuesto de sus heridas y ahora también empujaba con su pie. La chica miró a todos lados con la esperanza de encontrar un destornillador o una barra que insertar en la cerradura. La palanca que había usado Sofía había sido despedida dos metros.

Ya estaba a punto de desfallecer y entonces se acordó. A primera hora, parecía que hacía un siglo de ello, habían tenido Educación Plástica con el Sr, Black. Daba la impresión que todavía estaba oyendo a ese viejo cascarrabias.

«El que no traiga el material mañana, tendrá un negativo. Maldito profesor, ¡cómo lo quería en este momento!»

Laura urgó en el bolsillo trasero de su pantalón y sacó un *cutter* azul de dos dedos de grosor. Presionó el seguro hacia arriba y sacó esa hoja segmentada que cortaba como la espada láser de Luke Skywalker. Con un movimiento de arriba abajo rápido y preciso, como si se tratara de una poderosa *Jedi*, deslizó el filo del *cutter* a lo largo de la garra, cortando profundamente la carne peluda. La herida se abrió liberando un líquido repugnante que goteó en el suelo. La bestia se contrajo violentamente en respuesta al dolor, como si un enjambre de abejas furiosas buscara desesperadamente una salida. Un aullido gutural y desgarrador, mezcla de furia y agonía, emanó de la criatura e hizo que Laura y Andrés se estremecieran de terror. Ambos cayeron al suelo y Andrés chilló de tormento.

Sofía salió de inmediato en su ayuda ignorando a su amiga.

– ¡Andrés, ¿estás bien?!, nos has salvado la vida –dijo acariciando su mejilla con el dorso de la mano donde aún llevaba tatuada la garra.

– Sofía…

– Creíamos que te habíamos perdido. Arriba cuando se oyó ese sonido…

El chico se incorporó con torpeza con gestos evidentes de dolor; se llevó la mano al hombro izquierdo.

– Maldita sea… creo que me lo he dislocado.

Ella pasó el brazo por debajo de su hombro sano y lo levantó a duras penas. Era increíble cómo una persona tan frágil podía tener tanta fuerza. Lo apoyó en la mesa, desanudó el suéter que llevaba en la cintura y lo rasgó. Hizo un cabestrillo y se lo pasó por la cabeza para apoyar el brazo herido.

Andrés miraba con ternura como la chica que le gustaba lo cuidaba con tanto amor.

– Gracias, Sofía.

– Es lo mínimo que podría hacer por ti.

Entonces él le agarró la mano con dulzura y la acarició. Juntaron sus caras y se besaron.

17

EL *RUYI*

00:15h

Laura no paraba de darle vueltas al acertijo, lo tenía delante de ella.

...la segunda, un sólido oscuro, un metal alcalino y un oxígeno.

Se había dado cuenta nada más leerlo. Quizás no fuera la mejor estudiante del instituto pero había sacado un diez en formulación inorgánica y sabía a qué sustancia se estaba refiriendo. El permanganato de potasio que había usado el profe de Física y Química era una sal oscura formada, entre otras cosas, por oxígeno y potasio, un metal alcalino.

Si era así, poseían el secreto de cómo acabar definitivamente con el mal al que se refería el manuscrito.

Ilusionada buscó a sus amigos, pero ellos seguían a lo suyo. Sentía una sensación agridulce. Por una parte, se alegraba por su amiga. No era tonta y sabía que Sofía se moría por sus huesos: por cómo hablaba de él, por cómo lo miraba, porque cuando entraba en la clase lo primero que buscaba era su sonrisa de buenos días. Sin embargo, lo que no sabía su amiga es que a ella también le gustaba, pero su inseguridad le impedía decírselo. Optaba por pasar del tema, como hacía con todo. No quería echar a perder la amistad que tenía con Sofía y menos por un chico alto, guapo, educado y estudioso de los que había... Prefirió darse la vuelta.

Sofía y Andrés, ahora cogidos de la mano, miraron hacia Laura que permanecía de espaldas absorta en las páginas del manuscrito.

– Laura, ¿estás bien? Tenemos que curarte esas heridas. En el botiquín de la enfermería hay vendas y antisépticos.

– No os preocupéis, no es nada –dijo sin darse la vuelta.

– Laura, debemos irnos de aquí.

– Ahora mismo voy, estoy mirando algo –susurró mientras se le caía una lágrima furtiva.

– Nosotros vamos a buscar una ventana por dónde escapar.

Ella no dijo nada.

– ¡No tardes! –exclamó Andrés–. Es peligroso.

Mientras caminaban, el chico apretó con fuerza la mano de Sofía y ella se sintió la persona más protegida del mundo.

– ¿Está un poco rara, no crees?

– Es normal, no ha sido una noche fácil para nadie.

– Por cierto, ¿qué pasó allí arriba? Estaba muy preocupada.

Un chasquido agudo y estridente, seguido de un tintineo de fragmentos de vidrio dispersados por el suelo, los interrumpió y los puso en alerta.

– ¿Qué ha sido eso?

– El sonido proviene de «las columnas». Parece que se ha roto un cristal.

«Las columnas» era un amplio espacio rodeado de clases y laboratorios. Esa misma mañana

había estado lleno de chavales, incluso ellos mismos habían paseado por él. Lo denominaban así porque veinticuatro grandes pilastras cilíndricas sostenían la estructura. Era la parte mejor iluminada del recinto por su techo translúcido y porque la zona que daba al patio, la más alejada a ellos ahora mismo y donde se había oído el ruido, se aprovechaba de la luz de las farolas que por seguridad no se apagaban en toda la noche.

Al acercarse vieron que todo el cristal de la parte baja de la cancela había saltado por los aires. Sin embargo, en la zona no había rastro de ninguna piedra u objeto que lo hubiera causado.

– Hay alguien más en el recinto y no es ninguno de nosotros –señaló el chico los cristales.

– Tal vez la policía o nuestros padres preocupados han venido a buscarnos –Sofía hizo una pausa–. ¡Estamos aquí! ¡Ayudaaa, nos hemos quedado encerrados!

– Psssss, psss, psss. –La calmó poniéndole la mano en la boca–. No sabemos si «eso» está ahí fuera tendiéndonos una trampa.

– Me da igual, yo no aguanto más. Todo esto nos ha pasado por no irnos a casa cuando debíamos. Ahora tenemos una nueva oportunidad y no la voy a desaprovechar. Me voy.

Sofía decidió atravesar el agujero hecho en la cancela. Agachó su cuerpo tonificado por el deporte y pasó primero un pie; su media melena se le venció para delante. Después torció la columna lo más que pudo y cuando hubo pasado el cuerpo metió el otro pie.

Comprobó que fuera hacía un frío helador. Ella iba en camiseta y los pelos se le pusieron de punta. No pudo ponerse el suéter que ahora estaba en el brazo de Andrés. Todavía seguía agachada mirando al chaval que se balanceaba de un lado a otro nervioso.

– Vamos, Andrés, ahora tú.

– ¿Y Laura?, ¿la vas a dejar aquí?

– Sabe cuidar de sí misma. La muy cabezona no parará hasta que sea demasiado tarde y no quiero que me arrastre con ella.

– ¿Llevas contigo el amuleto?

– ¿El qué?

– ¿Si tienes el *ruyi*?

– ¿Yoo? No sé a qué amuleto te refieres.

– … –Y se dio la vuelta ante la mirada de asombro de Sofía.

– ¿Andrés, dónde vas? ¡Andrés!

El chico se dirigió con paso firme y sin mirar atrás al cuarto de calderas. No entró, desde la puerta podía ver a Laura que seguía de espaldas.

– Laura, ¿y el *ruyi*?

La chica agarró con fuerza el colgante que pendía de su cuello.

18

EL DILEMA

00:30h

Unos gritos, amalgama de voces humanas y bestiales entrelazadas en una sinfonía de horror, retumbaron. Los alaridos helaban la sangre y parecían emanar de una fuerza sobrenatural, como si seres de otro mundo estuvieran atrapados en una agonía inimaginable. El eco de estos lamentos se propagaba por los pasillos y salía a través de las ventanas. Los sonidos llegaron a Sofía por varios lugares y con diferente timbre pero todos le produjeron el mismo escalofrío paralizante.

Volvió sobre sus pasos a través de la misma cancela agujereada pero esta vez, más nerviosa, se hizo un corte con uno de los vidrios en punta. Segura de que le había producido una hemorragia ahora mismo no estaba para curas. Su cabeza solo podía elucubrar con lo que estaría pasando en esa habitación y en pocas zancadas llegó al marco de la puerta.

–¡ Sofía, es ella. Laura es la criatura!

Vio a Andrés arrastrándose en la puerta de calderas, su cuerpo estaba cubierto de heridas y sangre. Sus ojos reflejaban un miedo profundo y una ira incontenible mientras luchaba por ponerse de pie, apoyándose en el marco para mantener el equilibrio.

Detrás de él, Laura emergía tambaleándose; el rostro desfigurado por golpes y rasguños. Su respiración era entrecortada y sus movimientos torpes, como si cada paso le costara un esfuerzo sobrehumano. La furia en sus ojos era igual de intensa que la de Andrés.

– ¿Qué qué ha pa-pasado? –tartamudeó Sofía–. Es-estáis he-heridos…

– No te acerques a ella, me ha atacado, ella es Pilar, es el zorro de nueve colas. Cuando entré estaba transmutando. Por eso quería quedarse sola.

– No le hagas caso, es él, siempre lo fue. Desaparecer en el pasillo para volver triunfante ha sido una estratagema para ganarse tu confianza –dijo Laura con una voz rasgada.

– Tú sabes que nunca te haría eso. Me conoces. He estado siempre a tu lado y te he salvado la vida. Además, ¿qué tipo de ser humano es capaz de sufrir esas quemaduras en el brazo sin rechistar? ¡No ha pedido ni ayuda! Tenemos que acabar con ella.

Sofía permanecía en *shock* abrumada y confundida entre tantas acusaciones cruzadas. Ahora mismo ninguno de ellos se parecía en nada al amigo que recordaba. La presión no la dejaba pensar con claridad; le preocupaba realmente tomar una decisión equivocada y que cualquiera de ellos fuera la criatura infernal.

Intentó tranquilizarse y dejar la mente en blanco. Cerró los ojos y se concentró como hacía antes de cada carrera. Respiró hondo mientras focalizaba la situación, no quería dejarse influenciar.

Abrió los ojos y miró de nuevo a ambos con la intención de estudiar su lenguaje corporal. Laura, cansada y magullada, no tenía fuerza para levantar la cabeza y apenas podía mantener contacto visual. Por su parte el muchacho se movía agitado y nervioso.

– Andrés te lo voy a preguntar por última vez, ¿qué pasó en ese pasillo?, ¿qué es lo que viste? –se impacientó Sofía.

– Me encontré con una niña. Estaba sola y asustada y buscaba a la profesora de Latín.

– ¿Una niña?, ¿por la noche? –Las luces del patio del recreo situadas al otro lado de “las columnas” empezaron a fallar. Ya de por sí tétricas por las alargadas sombras que proyectaban, ahora se asemejaban a una luz estroboscópica de cadencia variable.

– ¡Eso pensé yo! De repente la niña empezó a transformarse, sus dientes se volvieron afilados como cuchillas, las manos se convirtieron en garras y su tierna voz en un eco maligno. Era como si estuviera frente a una criatura perfecta, la más poderosa de la creación. Toda la oscuridad se había fusionado en ella y ofrecía una figura de lo más cautivadora. Cada frase que emitía, fruto de siglos de conocimiento, atraía mi atención de manera irresistible. Me sentí hechizado por su magnetismo.

– ¿La admiras verdad? –preguntó Sofía con voz temblorosa mientras se le escapaba una lágrima.

– Claro que la admiro… porque ella... soy yo.. y yo... soy ella. –Las palabras reverberaron en la habitación y se clavaron en la chica.

– ¿Qué estás diciendo Andrés?, ¿te estás oyendo? –No sabía por qué pero en el fondo no le extrañaba nada.

Buscó a Laura esperando una reacción a las palabras del chico pero permanecía con la cabeza gacha; un reguero de sangre le resbalaba por la nariz.

Al volver la vista hacia Andrés, ¡ya no estaba donde lo había dejado! Miró frenéticamente a su alrededor. Ni rastro.

Seguía sin saber en quién confiar; con Andrés desaparecido, quizás oculto detrás de cualquiera de esas columnas y listo para saltar sobre ella en cualquier momento. La invadía una sensación de ansiedad y angustia que la atenazaba.

Laura, algo más recuperada, se irguió mientras con la otra mano se tapaba la hemorragia. A punto estuvo de resbalar con la sangre que cubría el suelo.

Todo era muy confuso pero no podía dejar a su amiga en esa situación.

– ¡Laura! ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿A dónde ha ido Andrés?

Conforme se enderezaba con dolor, una sombra detrás de ella lo hacía a la par duplicando su tamaño. Al principio daba la impresión de ser su propia sombra pero conforme se desplegaba mostraba atisbos de su naturaleza animal, como si una bestia se escondiera en ella.

– ¡Pero qué diablos…! –exclamó Sofía.

Poco a poco la sombra fue cambiando, adoptando rasgos más humanos pero distorsionados y tenebrosos. Su mente no quería procesarlo pero sus ojos le mostraban una información inequívoca. Adoptó una apariencia muy familiar, pero no del chico modélico y estudioso que todos conocían, sino una versión sinuosa y siniestra de él.

–¡ Cuidado, detrás de tí!

La sombra juntó sus manos como pinzas de cangrejo y agarró el cuello de su amiga que se tensó junto con todo su cuerpo.

Sofía seguía desorientada porque enfrente no había algo físico sino una sombra difuminada.

Los ojos de Laura se iban a salir de las órbitas y su cara empezó a tomar un tono azulado. Entonces la cogió del brazo y tiró con fuerza. Al principio ni se inmutó, como si intentara mover una viga soplando. Siguió insistiendo y la resistencia se fue reduciendo hasta que consiguió liberarla de su martirio. Al hacerlo un grito de decepción proveniente de la sombra retumbó en la sala.

–¡ Noooooooooooooooooooo!

La chica cayó encima de su amiga y las dos resbalaron por el suelo. Al incorporarse, Sofía

adoptó una posición defensiva para protegerse del potencial agresor pero cuando levantó la cabeza ya no había nadie. Volvió con Laura que se había desmayado de la tensión y comprobó las marcas en su cuello.

«Esto no ha sido ninguna ilusión. Esto ha sido real».

La incorporó y se dirigió en busca de la enfermería para curarla.

19

LA ENFERMERÍA

00:42h

Para llegar hasta la enfermería había que atravesar un pasillo estrecho y desangelado. Estaba allí, al lado del pabellón polideportivo, para curar las rozaduras que los estudiantes sufrían durante las clases de Educación Física. La habitación en sí era pequeña, estaba mal ventilada y el aire apestaba a desinfectante.

Sofía abrió un pequeño y desordenado escritorio situado en una esquina que contenía medicinas, vendas y alcohol. Había un lavabo, pero estaba oxidado y manchado.

Empapó un trozo de algodón y limpió con cuidado las heridas de Laura como lo hubiese hecho la Sra. Platero, una enfermera de expresión severa que trabajaba por las mañanas, tenía las manos ásperas como la lija, hablaba en voz alta y rara vez sonreía.

Sofía la manipuló con delicadeza pues no quería aumentar el sufrimiento de su amiga. Ambas se miraron mientras le vendaba las heridas, primero con desconfianza, hasta que finalmente se abrazaron y lloraron desconsoladamente intentando rebajar toda la tensión que habían acumulado aquella noche.

– Gracias –dijo Laura entre sollozos. Sofía no pudo unir dos palabras seguidas para responder–. He descubierto la forma de acabar con todo esto.

– ¿Qué quieres decir? –espetó mientras la apartaba.

– El manuscrito, la cápsula del tiempo…, todo.

– ¿Y Andrés tiene algo que ver?

– Lo has visto… ya no es Andrés. No sé quién es pero cuando me atacó noté una expresión rara en sus ojos, en su forma de hablar, algo distinto.

– ¿Qué sucedió allí abajo, Laura?

– Entró como loco preguntando por un amuleto.

– ¡A mí también!

– Le dije que no sabía de lo que estaba hablando, que no tenía ningún amuleto y sus ojos se tornaron rojos como el carmín. Me sujetó con fuerza y empezó a rebuscar en mis bolsillos mientras me amenazaba y golpeaba. Yo intenté defenderme como pude y lo arañé pero era más fuerte que yo.

– Pero ¿qué amuleto? ¡Yo no tengo ningún amuleto! En aquella habitación solo descubrimos el diario y esa extraña maqueta.

–Sí, tienes razón, tú no lo tenías, lo tenía yo… –dijo mientras se arrancaba el colgante alargado que le había regalado su abuelo y se lo pasaba a Sofía–. Este es el ruyi, siempre lo tuve encima. Ahora lo he descubierto, ahora todo casa.

–¿Qué has descubierto? –preguntó mientras examinaba el amuleto.

–He descubierto por qué sucede todo esto y cómo acabar con este espíritu maléfico.

20

LA BESTIA

Año 1955 / 00:01h

La ventana era la única salida viable. Debía escapar de esa habitación embrujada y maldita. Ya no podía confiar en sus sentidos. Cogió el pisapapeles con forma de edificio que debería pesar dos kilos y rompió el cristal de la ventana. El edificio-pisapapeles representaba al colegio Corsac antes de la reforma.

Se asomó y solo pudo ver el patio trasero y la máquina excavadora ,ahora apagada, que parecía un pato durmiendo con el cuello inclinado.

En ese momento se abrió la puerta del departamento. No había tiempo que perder, se sentó en el alféizar y con precaución se fue dando la vuelta. Apoyó la primera pierna en el alero situado medio metro más abajo. En esta posición tenía el pollete a la altura de los ojos, como cuando se ponía de puntillas en la valla para ver el fútbol gratis los domingos.

Entonces lo vio. La figura humana se había movido, juraría que lo había visto. La forma de maniquí flexionó los brazos y estiró las piernas levantándose con parsimonia, estaba de espaldas. Desde su posición se podía distinguir la calavera. Carlos arqueó las piernas para no ser visto, le temblaban de la tensión. Tenía el muro a un palmo de su nariz y podía reconocer el olor a salitre sobre la cal acumulada a lo largo de los años.

Esperó unos segundos con la esperanza que todo hubiera sido creado por su imaginación. Lo más seguro es que hubiera sufrido un envenenamiento. En la universidad se especializó en Botánica y Farmacología y sabía que era posible. El polvo acumulado en la caja podía contener alguna sustancia. Sabía que el *Psilocybe subaeruginosa* era un hongo alucinógeno conocido como «hongo dorado» que contenía psilocibina y psilocina, compuestos relacionados con la serotonina.

Alzó la vista para asegurarse. Primero vio la puerta abierta y detrás la oscuridad más profunda, luego el respaldo del sillón, las esquinas de la mesa, las pilas de libros, la papelera y… unos pies amorfos que habían salido de la nada.

Volvió a subir la mirada y se fue modelando la imagen del maniquí pero ahora la cara que lo miraba fijamente no era una calavera. ¡Ojalá! Era algo mucho más aterrador, era el rostro de una niña con dos coletas y lazos, pequitas y una sonrisa aterradora. Quién lo miraba con rostro ido y maleficio era Pilar en el cuerpo del humanoide.

Una mano se lanzó hacia él y Carlos dio un respingo y un alarido. Se lanzó hacia un extremo sin saber si caería al vacío o no. Por suerte se topó con un bajante de PVC, una tubería que llevaba el agua lluvia desde el tejado al patio. Carlos se asió a él como la haría una rata perseguida por un zorro. «¡Qué curiosa analogía!»

El metal estaba frío y húmedo debido a la lluvia del día y a la escarcha de la noche. Puso los pies en la bridas primero uno y luego otro, poco a poco.

Mientras, la criatura-humanoide lo miraba y gritaba como un condenado por la inquisición que se está quemando en la hoguera. Carlos no podía taparse los oídos, de los que salía un líquido espeso, porque tenía las manos en otro menester; le estaba taladrando el cerebro.

Con cada movimiento hacia abajo sentía como iba perdiendo el control y la fuerza. Siguió su

descenso mientras intentaba mantener la calma y pensar en otra cosa, en cosas bonitas. Imaginó ese bosque tupido y esas sendas por las que le gustaba pasear en primavera. Con gruesos árboles a ambos lados y enormes hojas que le protegían del excesivo calor. Se imaginó allí sentado sobre una piedra acariciado por la fresca brisa primaveral mientras leía un libro.

Volvió a la realidad y ese libro se convirtió en el tubo de acero, lo único que lo salvaba de una caída mortal. A medida que el profesor descendía la superficie metálica se volvía más suave y escamosa, como la piel de un ofidio. Los colores también cambiaron, pasando de un gris monótono a tonos verdes y marrones iridiscentes que se entrelazaban y se deslizaban entre sí.

La tubería comenzó a retorcerse y moverse de manera inquietante, podía sentir cómo se estrechaba y ensanchaba bajo sus manos, como si estuviera viva, respirando, y tratara de liberarse de su agarre. Los sonidos metálicos de antes se transformaron en siseos y susurros, y el aire alrededor se volvió más pesado y húmedo, como si estuviera en el corazón de una selva tropical.

– ¿Una serpiente?

La transformación fue tan vívida como rápida y aterradora.

Hasta que ya no aguantó más y se dejó caer…

*

– ¿Dónde estoy?

Carlos se encontraba sentado en una butaca de teatro. En el escenario un actor vestido con un disfraz de zorro manejaba los hilos de una marioneta con aspecto de niña. El «zorro» la hacía danzar por el escenario mientras sonreía con cara macabra. Miró a ambos lados; la profesora de Latín y el hombre del cuadro de Goya eran los únicos asistentes. Ambos reían de manera ordinaria y aplaudían con estrépito.

«He muerto y esto es el infierno. ¿Reviviré esta obra hasta la eternidad?»

Carlos se despertó dolorido y aturdido sobre unos sacos de cemento que, oportunamente, habían almacenado los operarios de la obra debajo de la ventana. Examinó la etiqueta de la empresa:

Rapo S. A.

Se levantó a duras penas. El pie izquierdo se le había clavado dentro del mortero y lo tenía completamente volteado. Seguramente se lo había fracturado por varios sitios pero no sentía ningún dolor, quizás por el chute de adrenalina. Se incorporó apoyando la palma de la mano que se pringó de un líquido pegajoso y maloliente.

– Snif, snif, ¿pero qué…? –olisqueó.

Carlos se tambaleaba mientras intentaba mantener el equilibrio descansando su peso sobre la pierna sana.

Estaba en el patio trasero que antes había visto desde el alerón. Desde ahí todo lucía mucho más grande, como cuando siendo un crío visitó por primera vez el balneario del pueblo. La pala retroexcavadora ya no parecía un pato dormido sino el *Diplodocus* más grande de la Prehistoria. Y enfrente, la zanja, ese lugar donde horas antes había recogido esa maldita cápsula.

«¿Si hubiera llegado un poco después al instituto me habría librado?», pensó. «Seguramente no, porque cuando el mal decide abrirse paso lo consigue a cualquier precio. Y esa cápsula contenía mucho mal».

Llegó hasta el borde de la zanja que ahora estaba bañada por la suave luz de la luna. La tierra removida y húmeda reflejaba el brillo plateado, creando un ambiente etéreo. La sombra de

un naranjo cercano y las paredes todavía sin derruir se proyectaban sobre la zanja, formando figuras caprichosas que cobraban vida con el suave vaivén de las ramas. El aire fresco de la noche llevaba consigo el aroma de la tierra y la vegetación, mientras el silencio solo era interrumpido por el ocasional canto de un búho solitario.

Se le vino a la cabeza su madre, que ya estaba mayor y a la que siempre llamaba todavía cuando tenía miedo y se sentía solo por las noches, pensó en sus alumnos y en el cariño que le regalaban cada día y que le permitía seguir viviendo y pensó en la señorita de Latín y la admiró. Admiró su determinación, su valor y su decisión de sacrificarse para salvar a todos los demás.

– Aaaah…, aaaah…, aaah… –oyó una exhalación detrás de él.

– ¿Ya estás aquí criatura del infierno? Has tardado mucho, ¿no crees? –Carlos se dio la vuelta con lentitud. Nunca había estado tan sereno y seguro de algo. Sabía a quién se iba a encontrar.

– Hola, profesor, ¿qué hace usted por aquí de noche? Se va a hacer daño –dijo con sorna.

– ¿Quién eres…, qué eres?

– ¿No lo sabes ya, profesor? Lo importante no es quién soy sino por qué y desde cuándo. –Sonrió cínicamente.

– ¿Por qué haces el mal? ¿Qué buscas con ello? –dijo visiblemente asustado.

– El mal es relativo, profesor. –Encogiéndose de hombros–. Para mí es simplemente una forma de diversión y de mantenerme ocupada en este mundo aburrido. Me gusta ver cómo las personas reaccionan ante el miedo y la desesperación.

– ¿No tienes compasión por aquellos a quienes lastimas? –le interrogó, ahora temblando.

– La compasión es un sentimiento humano, profesor –dijo mientras sonreía y prosiguió–. Yo no experimento las emociones de la misma manera. Además, ¿por qué debería preocuparme por vosotros? Sois criaturas tan frágiles y efímeras…

– ¿No hay nada que pueda hacer para detenerte, verdad? –Tratando de mantener la calma.

– Me temo que no –sonrió maliciosamente–. ¿Te has despedido ya de tu mamá?

De la espalda de la niña empezaron a aparecer colas: una, dos, tres,... nueve que se agitaban sin cesar. Sus ojos quedaron ahora sin vida y miraban al infinito. Su pecho se empezó a desgarrar y un ser informe emergió poco a poco de dentro. El ser se hizo cada vez más grande y lo fue envolviendo poco a poco.

Carlos apretó los párpados y suplicó para que todo acabara pronto y para que ese ser no se hubiera percatado de lo que había hecho allá arriba en la habitación, algo que podría salvar a la humanidad.

Y de repente todo terminó.

21

EL GYM

01:05h

Ya medianamente recuperadas, Laura y Sofía se adentraron en el pabellón. El *gym*, como se le conocía coloquialmente, era un recinto multidisciplinar, cerrado y rectangular de 80x40 metros donde los alumnos practicaban los deportes más variados y donde se celebraban los partidos de balonmano femenino del equipo local, *Las astutas*. Sofía formaba parte del equipo y lo conocía bien. Este año iban clasificadas en un discreto quinto puesto pero pensaba que el grupo tenía mucho potencial. Laura iba a los partidos para acompañar a Sofía aunque en realidad odiaba el deporte y cuando empezaba se dedicaba a escuchar música o leer un libro. Cuando el equipo local marcaba un tanto levantaba la mano con desidia para disimular.

– Esto ya ha sucedido antes…

– ¿Qué quieres decir? –preguntó interesada Sofía mientras caminaban hacia el centro del pabellón.

–Que se ha repetido en otras épocas, lo del zorro de nueve colas, el espíritu de la niña, Pilar… Esto ya ha pasado.

–Por favor, cuéntame todo lo que has averiguado.

– Según el manuscrito, cada cincuenta años el mal vuelve para demostrar su poder y someter al ser humano. Se trata de una criatura muy poderosa y antigua.

– ¿Qué tipo de criatura? Y ¿por qué adopta esa forma?

– Cuenta la mitología china que durante la dinastía Tang los zorros eran adorados y considerados seres con un gran poder. Cuando un zorro llegaba a una cierta edad, digamos 1000 años…

– ¡Pero eso es imposible…!

– ¡Pues parece que no lo es…! –prosiguió–. Cuando llegaban a esa edad aumentaban su supremacía y, según ellos, se convertían en dioses. Unos dioses mágicos que podían adoptar la forma humana.

«Como Pilar», pensó Sofía para sí.

– Esos zorros se solían representar con nueve colas.

Sofía se quedó con los ojos y la boca abiertos de la sorpresa.

– Como la maqueta que vimos en la «habitación prohibida».

–Exacto –amagó con sonreír Laura después de horas–, por eso esa maqueta es la clave. Hace muchos años alguien guardó dentro un líquido…

22

CONFRONTACIÓN

01:18h

Una sombra acechaba detrás de las graderías pero no podía ser vista dada la angostura del espacio. Unos ojos color escarlata e inyectados en sangre vigilaban a las dos chicas que hablaban en el centro del recinto.

– Mira. –Le enseñó el diario a Sofía–. Aquí es dónde el manuscrito nos advierte:

En tierras lejanas del oriente, un ser mítico de poderes sobrenaturales y nueve extremidades en su espalda ha renacido en nuestro mundo pero ahora ha adoptado una apariencia más pequeña e inocente…

– ¿Y cómo acabamos con él?

– Eso es lo que descubrí antes de que me atacara Andrés. Parece ser que estos seres usan el fuego…

– ¡Por eso apareció dentro de la caldera!

– Sí, pero también es su punto débil. Lee detenidamente la siguiente frase:

… Un mal que acecha, una solución oculta, dos sustancias se unen en un baile ardiente. La primera, tres átomos de carbono en su núcleo; la segunda, un sólido oscuro, un metal alcalino y un oxígeno en su abrazo. Juntas, una llama nace, y el mal se desvanece.

– Se trata de dos elementos químicos. Y uno de ellos ya lo tenemos en nuestro poder.

– ¡El permanganato de potasio!, el compuesto que usamos esta mañana con Ricardo.

– Efectivamente, el otro creo que también sé a cuál se refiere.

– ¿Y cómo es posible que ese diario que tiene décadas sepa lo que necesitamos en este momento?

– Porque este manuscrito es una cápsula del tiempo que envió alguien del pasado alertándonos del peligro.

En ese momento un chirrido las asustó. Provenía del otro lado de la pista de parqué y sonaba como cuando pisas un suelo encerado con tus zapatillas nuevas.

Se dieron la vuelta al unísono y justo debajo de la canasta vieron la figura de una niña quieta, parada, con el pelo sucio que le caía encima de la cara e insinuaba unos suaves rasgos orientales. Los brazos inanimados le caían sobre las piernas y su vestido parecía sacado de un libro de *manga* japonés.

– Hola, me he perdido –soltó con voz tierna e inocente.

Las dos amigas se agarraron de la mano y permanecieron en silencio. La niña tampoco se movió.

– ¿Me podéis ayudar? ¿Estoy buscando a la profesora de Latín?

– Sabemos quién eres y cuáles son tus intenciones, no nos seducirás como hiciste con él.

*

La niña sonrió y empezó a moverse lentamente hacia ellas. A medida que se acercaba, sus movimientos se volvían más espasmódicos, erráticos y desarticulados, como si sus extremidades estuvieran dislocadas.

– Sofía, tranquila, no te muevas.

Acto seguido comenzó a encorvarse y adoptó una postura grosera mientras gateaba a cuatro patas con su cuerpo torcido y contorsionado de manera antinatural. Su cabello caía sobre su rostro, ocultándolo de la vista y se movía de un lado a otro. Se acercaba cada vez más, hasta que se paró justo enfrente de ellas.

En ese punto, se levantó sobre sus dos patas, revelando ahora sí su rostro desfigurado, mezcla de humano y cánido.

Las muchachas permanecían ahora a medio metro y podían percibir el hedor a almizcle propio de las glándulas anales de los zorros. Una voz ronca y pretérita salió deformada de su ahora morro:

– 私にルージを与えてから滅びてください, dadme el *ruyi* y luego pereced –repitió con mayor intensidad.

Sofía miró a Laura con ojos consternados y abatidos. Quizás se intentaba despedir de su amiga del alma con la que tantos y buenos momentos había vivido.

Laura se acordó de sus padres, de su hermanito pequeño y de su abuelo y empezó a despedirse de todos ellos. Precisamente Sofía estuvo siempre a su lado el día más duro de su vida.

Se oyó un ¡craaack! cuando el pie se disparó hasta su pecho hundiéndole el esternón entre las costillas. Sofía se había propulsado con sus piernas de atleta como cuando practicaba salto de longitud. La criatura rugió mientras su cuerpo se proyectaba a dos metros de distancia. La poca ropa que aún no se había rasgado saltó por los aires dejando al descubierto un cuerpo peludo y nueve exuberantes apéndices, nueve sobrecogedoras colas. Al mismo tiempo un frasquito pequeño, parecido a un cuentagotas cayó al suelo al lado de su cuerpo, el vidrio tintineó un par de veces sin llegar a romperse.

El キツネ, zorro en japonés, emitía pequeños gemidos mientras se oía un silbido debido posiblemente a que casi no podía respirar.

Laura quedó sorprendida de la determinación de su amiga pero reaccionó pronto y de un salto se puso a la altura de la bestia con la intención de rematarla. Se agachó y tomó el frasco que yacía de lado sobre el suelo.

– ¡Cuidado, Laura! –espetó Sofía.

La misma garra que antes le había tatuado la piel, sujetaba del tobillo a la chica impidiendo que pudiera escapar. Laura agitó la pierna con violencia pero el ser ancestral era mucho más poderoso.

Dejó de patalear y sorprendentemente Sofía pudo apreciar como la garra se destensaba y el zorro aflojaba cada vez más la zarpa sin explicación aparente. El zorro finalmente se relajó y Laura pudo desprenderse de su captor. Dio un par de pasos para separarse.

– ¡Lánzame el frasquito! ¡Vamos! –vociferó–. Vamos a hacerlo.

Laura se quedó abrumada al levantar el cuentagotas a la altura de los ojos e hizo caso omiso a Sofía.

– ¿Qué te pasa? ¡Pásamelo de una maldita vez!

La chica seguía ensimismada acariciando ahora el frasco con la yema de sus dedos.

La criatura estaba empezando a recuperarse y ya respiraba con normalidad.

– ¡Laura, por el amor de Dios!

– Dios no tiene nada que ver en esto. –La chica sujetó la rosca del frasco y empezó a abrirlo.

– ¿Laura…? –preguntó Sofía con preocupación.

Entonces se giró hacia Sofía con una sonrisa burlona. Abrió el frasco y lo tumbó vertiendo la totalidad del líquido espeso sobre el parqué imitación a madera. Derramó hasta la última gota sin dejar de mirarla.

El monstruo que volvía a estar de pie emitió un ruido de regocijo.

–¡ Nooo!

El horripilante ser se volvió hacia Sofía mostrando en su cara toda la ira acumulada por la patada. Recibiría su merecido por profanar un ser sagrado con milenios de antigüedad.

– Ahora, ¡muere!

En tres trancos se puso enfrente de la chica y estiró la extremidad hasta colocar la garra sobre su cara. La zarpa era tan inmensa que su cabeza se asemejaba a un balón de balonmano. Aplastó su nariz hasta que casi no pudo respirar. Sofía sufrió un dolor espantoso, tan enorme que estaba perdiendo el conocimiento.

– ¡Usa el amuleto, usa el *ruyi*! –Oyó a lo lejos.

Sofía introdujo la mano derecha en el bolsillo del pantalón y sacó la joya alargada de oro, vidrio y borde curvo.

Notó como el zorro torcía la mirada hasta su mano sin dejar de hacer presión con la suya sobre su rostro. Lo estaba deformando como fruta madura. Aún así se sobrepuso ante el desaliento y la flaqueza y levantó la mano hacia la cabeza del zorro.

La criatura, advertida, usó su otra extremidad como escudo para repeler el primer envite y casi cumplió su objetivo porque a duras penas la chica pudo mantener el amuleto en su mano. Ella se repuso y volvió a la carga seguida por su intuición porque a estas alturas no podía ver más allá de la oscuridad de la zarpa animal que la privaba del sentido de la vista.

Sorprendentemente, mantuvieron un pulso desigual porque los músculos de Sofía ya agotados y endebles empezaban a temblar. Estaba justo al límite de sus fuerzas cuando oyó gritos a su izquierda.

–¡ Eeeeh, tú, criatura del infierno suéltala! Lo sabemos todo sobre ti, sabemos de dónde vienes y lo que quieres hacer.

El «zorro», agitado, movió sus nueve colas creando un remolino de terror pero no perdió ni un segundo en la muchacha. Parecía que le había afectado pero no lo suficiente.

– Bestia inmunda, apestosa. Hace cincuenta años casi te derrotan y tienes miedo, por primera vez sabes lo que es el miedo. Los humanos hemos sido capaces de sacrificarnos para que desaparezcas y este diario. –Sacó el manuscrito de cuero y lo agitó en el aire–. Este manuscrito tiene concentrado todo el saber de siglos y siglos y a ti se te ha escapado.

El «zorro» aulló sin dejar de apretar a su víctima que casi era una muñeca de trapo, una marioneta, en las manos de su titiritero, pero Laura consiguió que torciera la cabeza en su dirección. La miró con atención moviendo la cabeza como si la quisiera enfocar bien.

– ¿Sabes qué conocí a tu abuelo?

– ¿Qué dices? Cállate ya. No pongas su nombre en tu asquerosa boca –dijo poniéndose las manos en los oídos.

– Ese viejo era un tipo persistente y tuve que darle su merecido.

Laura estaba sobrecogida por la noticia. Lo más seguro es que la criatura estuviera

mintiendo para recargarse con la energía negativa que creaba en sus víctimas pero no quería que pensara que había acusado el golpe y siguió molestando.

– Buen intento, pero mi abuelo fue una persona sabia que siempre intentó transmitir sus valores y conocimientos a sus hijos y nietos, y…

–… y murió hace 6 meses, sí. Siento tanto su pérdida... –dijo la criatura poniendo de nuevo una voz femenina indeterminada–. ¿Y qué se contaba el bueno de Carlos durante los últimos días de vida?

– ¿Cómo?

– Sí, Carlos Belmonte, el profesor.

Laura se proyectó hacia la criatura con toda la rabia acumulada y los dientes apretados. Cerró el puño lo más fuerte que pudo y lo lanzó hacia ella. Cuando estaba a punto de impactar, una de las nueve colas golpeó su tibia haciéndola caer al suelo de boca.

La chica ahora acaparaba toda su curiosidad y desatendió el flanco derecho donde Sofía haciendo acopio de valor y utilizando las últimas fuerzas que le quedaban retorció el brazo haciendo un escorzo y colocó el amuleto en la frente de la criatura. Se oyó un chisporroteo como el que se oye cuando se fríe un filete de ternera. El dolor tuvo que ser similar a un millar de agujas ardientes penetrando en su carne y vino acompañado de un berrido interminable incapaz de contener el sufrimiento que le invadía. La zona de la frente empezó a humear como la barbacoa que hacían los domingos. Poco a poco, una nube de humo lo fue invadiendo todo y la bestia empezó a encoger y encoger hasta que desapareció del todo dejando caer en el suelo el amuleto todavía humoso.

Fue a cogerlo pero este se agitaba como si tuviera una lagartija en su interior.

– Hazlo –dijo Laura desde el suelo–, acaba con él.

Con un puntapié la chavala colocó el talismán justo encima del líquido viscoso que Andrés había extraído hacía escasas horas de dentro de la maqueta y que alguien lo había guardado allí para que lo encontraran. El amuleto se empapó bien en la glicerina.

La primera, tres átomos de carbono en su núcleo

Laura se levantó cojeando y maltrecha, con las heridas que había sufrido resecas y de color pardo; llena de suciedad, con la ropa hecha polvo y un bote en su mano izquierda. Se puso de rodillas enfrente del amuleto y abrió el bote con el que empezó todo.

Si Ricardo hubiera hecho otra práctica, ahora no estarían ahí y el espíritu ancestral seguiría vagando por el mundo hasta la eternidad.

Laura miró a Sofía y esta asintió. Abrió el bote de permanganato y lo vertió sobre el amuleto.

– Esto va por mi abuelo, por Ricardo, por Andrés y por todos y cada una de aquellas personas que se preocuparon por los que vendríamos detrás.

El fino polvo negruzco con ligeros toques iridiscentes y violáceos cayó sobre la glicerina formando una pasta oscura.

– Aléjate, es muy peligroso –Sofía la ayudó y levantarse y la agarró desde atrás mientras miraban la reacción química.

… Juntas, una llama nace, y el mal se desvanece

Empezó a humear cada vez más y, sin necesidad de fuego alguno, como si se tratara de una

bengala, se produjo una deflagración y saltaron chispas por todos los lados.

23

LA ORLA

06:55h

La policía había acordonado todo el instituto y el sonido de las sirenas inundaba el ambiente. El pabellón era un no parar de agentes vestidos de azul marino tomando huellas y recogiendo pruebas.

Las chicas estaban sentadas en la primera gradería con un abrigo sobre los hombros. Tenían la mirada perdida en el infinito y sus piernas se movían arriba y abajo nerviosas. Laura sostenía una taza de leche caliente que le había proporcionado un enfermero que las vigilaba en la distancia.

Los bomberos estaban terminando de sofocar los últimos rescoldos del fuego que había dejado un agujero de tres metros de diámetro en el parqué. No había ni rastro del círculo central ni del escudo de *Las astutas*.

–Vuestros padres os están esperando fuera –dijo un policía que tendría unos cincuenta años mientras les indicaba la dirección de la enfermería.

Se levantaron aturdidas y Laura a punto estuvo de caerse. El enfermero hizo el ademán de sujetarla. Siguieron al agente, que iba vestido de calle, a paso de tortuga. Antes de entrar al pasillo el tipo se dio la vuelta y con rostro firme les dijo:

–Menuda la que habéis liado. No quiero que os vayáis a casa hasta que me contéis todo lo que ha pasado aquí ¿Entendido?

Sofía asintió con la cabeza pero Laura ni siquiera la levantó del suelo.

–Ah, hay algo más. Un chico ha preguntado por vosotras.

«¿Andrés?» Laura miró a su amiga sorprendida y el poli esbozó una mueca parecida a media sonrisa.

La joven aceleró el paso dejando atrás a sus acompañantes. Cuando se dio cuenta se volvió y vio a su amiga que le hizo un gesto con la mano mientras sonreía. Después Laura empezó a correr.

Para llegar al *hall* de entrada había que recorrer el pasillo de dirección. Desde ahí ya se podía intuir el bullicio porque el runrún subió de intensidad. En ese pasillo estaban los despachos de la secretaria, del jefe de estudios y de la directora. Sofía pasó por su puerta, le estaban tomando declaración. La Sra. Pérez se levantó e intentó decirle algo pero la chica pasó de largo. Siguió andando por ese corredor que tan bien conocía pues alguna que otra vez le habían llamado la atención por hablar demasiado con Andrés.

A ambos lados las paredes decoradas con las orlas de las promociones que habían pasado por allí, desde la más antigua hasta la más actual. Se las sabía casi de memoria porque a menudo jugaba a relacionar los nombres con las caras.

Por eso no tuvo que levantar la cabeza para confirmar lo que ya supo cuando oyó su nombre por primera vez. En todas y cada una de las promociones aparecía la foto de una niña asiática. Un ojo desentrenado no se hubiera percatado que se trataba de la misma persona: María Kimura, Cristina Aoki, Manuela Konishita,... Pilar Kitsune.

24

EL BARCO

Año 1919 / 07:05h

La brisa y el intenso olor a pescado del puerto de Yokohama acariciaba el rostro de una niña de doce años mientras se aferraba a la mano de su madre. Sus ojos rasgados y castaños se llenaron de asombro al contemplar el enorme barco de vapor que los llevaría a Europa.

La familia había decidido dejar atrás su vida en Japón, pese al crecimiento económico que había experimentado en los últimos años. Las familias, sobre todo chinas, emigraban a Japón porque era un momento de cambio y modernización. Pero los Kitsune no se iban por temas económicos.

Los dos padres se miraron largo tiempo con tristeza y desasosiego. Kinoshita Kitsune había abandonado a toda prisa su trabajo e invertido gran parte de su capital en esos billetes.

Desde que su hija había llegado al colegio se habían sucedido fenómenos extraños y la situación había llegado a un punto crítico.

La familia se unió a la multitud de pasajeros que abarrotaban el barco. Una vez a bordo, la familia se instaló en su camarote, compartido con otras familias. Aunque el espacio era reducido y las condiciones no eran las más cómodas, todos compartían la esperanza de llegar al viejo continente.

La niña pasaba sus días en cubierta, con un peluche entre los brazos y observando el horizonte mientras sus padres rezaban a Hachiman y Sudanoo, *kami* o dioses sintoístas.

Después de semanas de viaje, el barco finalmente llegó al puerto de la Bahía de Cádiz.

– ¡Bienvenidos a España!

FIN

ACERCA DEL AUTOR

Pilar Kitsune es la ópera prima de Ricardo Ramos Arenas, escritor novel. Licenciado en Ciencias Químicas ha dedicado la mayor parte de su vida a la docencia siendo actualmente profesor de Física y Química y desde 2021 creador de contenido en su canal de Youtube *Profesor Física y Química*.

Fuera del ámbito laboral y literario, es un apasionado de la Astronomía amateur. En sus ratos libres disfruta del deporte, el cine, la lectura y el bricolaje, una actividad que le permite relajarse y expresar su creatividad de una manera diferente.

Esta obra es el resultado de la combinación de sus experiencias personales y profesionales con los adolescentes y sus miedos. Ricardo espera que su novela llegue al corazón de los lectores, sobre todo a los más jóvenes y les ofrezca una perspectiva diferente y emocionante sobre el misterio y el terror.